

# Frantz Fanon

MIREILLE FANON-MENDÈS-FRANCE (COMP.)







# Frantz FANON

  
ELPERRO  
yLARANA

2.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2024

1.ª edición CETIM (Centro Europa – Tercer Mundo) / Ediciones Wanáfrica S. L., 2017

© Marta Patrón Jiménez (traductora)

© Ediciones Wanáfrica S. L.

© Fundación Editorial El perro y la rana.

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

[www.elperroylarana.gob.ve](http://www.elperroylarana.gob.ve)

[www.mincultura.gob.ve](http://www.mincultura.gob.ve)

Redes sociales

Facebook: El perro y la rana

X: @elperroylarana

Instagram: @perroylarana

Threads: @perroylarana

YouTube: ElperroylaranaTV

Tik Tok: @elperroylarana

Edición y corrección

José Jenaro Rueda R.

Diagramación

Oliver Sánchez

Ian Laprea

Diseño de portada

Bairon Torres

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN:978-980-14-5437-3

DC2023001681

# Frantz FANON

Selección de textos  
e introducción de Mireille Fanon-Mendès-France

Traducción de Marta Patrón Jiménez



# ÍNDICE

<b>BREVE BIOGRAFÍA</b>	9
<b>INTRODUCCIÓN</b>	11
Leer a Frantz Fanon hoy en día	11
<b>TEXTOS DE FRANTZ FANON</b>	22
Desventuras de la conciencia nacional	25
Racismo y cultura	59
<b>ARGELIA CONTRA LOS TORTURADORES FRANCESES</b>	<b>67</b>
La verdadera contradicción	68
La tortura, necesidad fundamental del mundo colonial	69
La tortura, estilo de vida	70
La huida ante las responsabilidades	72
Lofredo y Podevin, teóricos de la tortura	72
Los intelectuales franceses y la prensa francesa	74
El sistema en duda	76
<b>Bibliografía</b>	<b>79</b>
Otras sugerencias:	79





## BREVE BIOGRAFÍA

Frantz Fanon nació el 20 de julio de 1925 en Fortde-France, “capital” de la isla francesa de la Martinica. A los diecisiete años, cuando todavía iba al instituto, se unió al Ejército Francés de Liberación para luchar contra la Alemania nazi. Condecorado por su valentía en combate, volvió de la guerra indignado por la discriminación racial que existía en sus propias filas...

Todo esto lo cuenta en su primer libro, *Peau noire, masques blancs* [*Piel negra, máscaras blancas*], publicado en 1952. Joven doctor en medicina psiquiátrica, en ese momento tenía apenas 28 años. Un año más tarde asume la jefatura de una sección del hospital psiquiátrico de Blida (Argelia), donde pone en marcha un “servicio abierto” a disposición de europeos y argelinos.

En noviembre de 1954, el Frente de Liberación Nacional argelino (FLN) se pone en contacto con él y empieza a trabajar con algunos de sus miembros. En enero de 1957, las autoridades francesas lo expulsan de Argelia. Se establece entonces en Túnez, sede exterior de la revolución argelina. Al mismo tiempo retoma su actividad profesional en zonas desfavorecidas de esta ciudad y se convierte en periodista de *El Moudjahid*, órgano del FLN.

En 1958 forma parte de la delegación argelina en el congreso panafricano de Accra. Un año después, el editor francés François Maspero publica el segundo libro de Fanon: *L'an V de la révolution algérienne* [*Sociología de una revolución*].

En marzo de 1960 es nombrado embajador itinerante del gobierno provisional argelino.

En la primavera de 1961 se compromete a entregarle un nuevo manuscrito a Maspero: *Les damnés de la terre* [*Los condenados de la tierra*]. En este libro no solo habla de Argelia, sino también del conjunto del Tercer Mundo en vías de descolonización. Para él, la era colonial está superada de manera definitiva: lo que ahora se cuestiona es la evolución de los estados liberados.

Fanon muere en el hospital Bethesda, de Washington, el 6 de diciembre de 1961, a causa de una leucemia, tres días después de haber recibido las pruebas de edición del libro. Siguiendo su voluntad, es enterrado en el cementerio de Ain Kerma, situado en la frontera entre Argelia y Túnez. Era padre de dos niños: Mireille y Olivier.

# INTRODUCCIÓN

## LEER A FRANTZ FANON HOY EN DÍA

Para una gran parte de la humanidad en lucha, Fanon sigue estando presente y continúa siendo un autor tremendamente ilustrativo. Cincuenta años después de su muerte, el 6 de diciembre de 1961, Fanon sigue cuestionando el desorden mundial. Para quienes resisten, la permanencia de la inmoralidad del desorden mundial en la miseria y en la explotación se hace patente con la apropiación de palabras de libertad, de justicia y de derechos de los pueblos por parte de quienes tienen en sus manos el orden imperial y neocolonial. La dominación ha cambiado un poco sus formas y ahora intenta mancillar el sentido de las palabras. Aun así, a aquellos que viven la realidad de la injusticia, la violencia, la alienación y la explotación, la lectura de Fanon les ayuda a descifrar las nuevas supersticiones difundidas de forma insidiosa por los medios de comunicación, cuya función es la de poner al servicio de los capitalistas la conciencia de los seres humanos. El trabajo de deconstrucción del orden establecido que Frantz Fanon lleva a cabo adquiere una utilidad inestimable en el momento en el que, impulsados por los “mercados”, los pueblos descubren, con dolor, que ellos siguen siendo un “tercer mundo”, por no decir “personas de segunda”, para unas oligarquías muy poderosas, sobre todo porque ya han dejado de ser “nacionales”. Fanon no solo aclara las relaciones de dominación que

prevalecían y prevalecen todavía en un área geográfica a la que en otro tiempo llamábamos “tercer mundo”, sino que también les da sentido en Europa y en Estados Unidos, donde estas relaciones de dominación con el resto del mundo se reproducen internamente, con más intensidad mediante la construcción de una ideología de justificación y “orden”. Las crisis financieras y las crisis de “deuda soberana” -hay que subrayar esta palabra para mostrar hasta qué punto la representación nacional y estatal se debilita y pierde su sentido en beneficio del poder del dinero- son indicadoras de la permanencia de fracturas y de técnicas de subyugación e interiorización de la injusticia, en países supuestamente democráticos. A partir de un subterfugio intelectual supremo, bombardeado con medios cada vez más potentes y sofisticados, atribuimos las causas de los problemas sociales y de los desequilibrios económicos a los pobres y a los marginados. El discurso se articula alrededor del miedo y de la afirmación del carácter “natural” del orden establecido y, en estos tiempos en que son los pueblos -como es el caso de Grecia y de España- los que forman la variable de ajuste del sistema, nadie duda en impulsar el funesto discurso populista. La respuesta que dan a la crisis quienes tienen en sus manos el sistema dominante no es nada sutil, pero se basa en medios masivos y temibles. En el interior de las fronteras se señalan cabezas de turco -migrantes, hijos e hijas de inmigrantes, viajeros, obreros, musulmanes- y se enfrenta a los pobres con los más pobres. En el exterior -aún más visible- se vuelve a la vieja política colonial de las cañoneras mientras se esperan guerras de mayor intensidad.

Y, por supuesto, también a este nivel Fanon sigue siendo un implacable deconstructor de los argumentos inconsistentes. Igual que ayer, el colonialismo avanzaba disfrazado con la máscara de la “misión civilizadora”; hoy en día esta política brutal se envuelve en el *non plus ultra* de conceptos humanistas, como la erradicación de la pobreza o el “deber de proteger” a los pueblos de los tiranos.

Y está claro que se ocultará el hecho de que los que instauraron y defendieron estas tiranías son los mismos que hoy en día se jactan de defender a los pueblos. Las independencias de África y del mundo árabe son un fracaso, en general, y las élites que han ejercido el poder tienen una gran responsabilidad. Pero de nada sirve reducir el peso de esta responsabilidad, si no se pone de relieve el papel tan importante y determinante que tienen los centros de poder occidentales, ya sea a través de organismos oficiales o, mayoritariamente, a través de redes informales, todavía más perjudiciales porque no siguen ninguna norma. Por eso no es sorprendente ver que hoy en día se recurre a este fracaso prolongado, y a sus derivas violentas, para justificar las intervenciones militares directas. Gracias a la intervención de la OTAN, en Libia se ha podido determinar que incluso las resoluciones de la ONU pueden manipularse y desviarse para reactivar la política de las cañoneras.

Los medios de comunicación occidentales, que se lanzaron con fervor a la defensa del pobre pueblo libanés -olvidando hasta qué punto Gadafi sobornó a las castas dirigentes de sus países-, desviaron púdicamente la mirada de los desórdenes provocados por esta intervención en Libia y, más ampliamente, en el conjunto de la región saheliana. Estos mismos poderes crearon la desestabilización y actualmente elaboran un discurso para una intervención militar de “restabilización”.

Evocando esta actualidad “caliente”, como dicen los periodistas, no nos alejamos de Fanon. Nos encontramos en el centro de su gran problemática, de esta interacción entre el orden colonial y sus representantes locales que él mismo destacaba. Después de medio siglo de independencia -y aunque el colonialismo ha desaparecido en sus formas primarias- la permanencia de una organización que oprime, enajena, fabrica miseria e injusticia todavía es visible... Los pueblos de hoy en día sufren, en un contexto diferente y más frágil en algunos aspectos, las mismas calamidades que sus padres cuando

estaban sometidos a una ocupación colonial directa. Estos estados fallidos y sin ningún tipo de soberanía aplastan a las sociedades y abandonan a los pueblos. Las élites, tal como temía Fanon, han quebrado y se han transformado demasiadas veces en representantes del neocolonialismo.

Aunque se hayan izado nuevas banderas en las administraciones “liberadas”, la dominación del antiguo colonizador no se ha desmentido en ningún momento. La toma de poder por parte de las burguesías “nacionales” -cuyos signos precursores identificó Fanon de forma clara, principalmente en “Desventuras de la conciencia nacional”<sup>1</sup>, uno de los capítulos, presentados más adelante, de su última obra *Los condenados de la tierra*- ha desembocado en la corrupción total de las independencias y en la dilapidación trágica de los logros de los combates anticolonialistas. En este capítulo, Fanon describe, con años de antelación, la patología neocolonial como la perpetuación del dominio a través de la sumisión de los gobiernos nacionales corruptos y antipopulares a los intereses de las antiguas metrópolis coloniales:

La burguesía nacional, que toma el poder al concluir el régimen colonial, es una burguesía subdesarrollada. Su poder económico es casi nulo y, en todo caso, no se asemeja al de la burguesía metropolitana a la que pretende sustituir. En su narcisismo voluntarista, la burguesía nacional se ha convencido fácilmente de que podía sustituir con ventaja a la burguesía metropolitana. Pero la independencia, que la pone literalmente contra la pared, desencadenará en ella reacciones catastróficas y la obligará a lanzar llamadas angustiosas a la antigua metrópoli.<sup>2</sup>

---

1 Frantz Fanon, *Les Damnés de la terre*, Éditions Maspéro, 1961, traducción española de Julieta Campos, *Los condenados de la tierra*, Fondo de Cultura Económica, 1963. [N. de la T.].

2 Texto extraído de *Los condenados de la tierra*, *op. cit.*, p. 40. [N. de la T.].

La expresión concreta de este análisis prospectivo de Fanon se refleja en la realidad cotidiana. La lectura de Fanon ayuda a abrir los ojos a la brutalidad del mundo y a descifrar sus causas, si bien es cierto que dicha lectura no es tarea fácil: exige, perturba, pero al final es liberadora. Abre los ojos. Leer a Fanon obliga a ver los aspectos más espantosos de esta realidad, pero a su vez proporciona los instrumentos intelectuales necesarios para deconstruirla y explicarla. Por eso es pensamiento vivo. Su propia dinámica permite poner en relación y en perspectiva hechos que parecen poco importantes e integrarlos en una larga secuencia histórica. De esta forma, se puede comprender por qué las independencias de África y del mundo árabe han derivado en autoritarismo y en una gestión catastrófica a todos los niveles, tanto sociales como económicos y culturales. En el origen de este fracaso se encuentra el orden general establecido por las “élites”: el de la preservación de los intereses de los antiguos colonizadores. Y confirmar que estos intereses están más presentes que nunca no es revelar ningún secreto: a nivel estratégico, los acuerdos de defensa han permitido instalar bases en los principales aeropuertos, en los que supervisores extranjeros se encargan de los sistemas de control policial. Esto es un claro reflejo del estado real de la soberanía de las neocolonias. Bajo supervisión externa, las élites locales han acabado con la perspectiva nacional y han abierto un camino regresivo hacia las “dictaduras tribales”. Estas élites han encontrado un terreno fértil, ya sea jugando con las divisiones territoriales pensadas para envenenar de forma indefinida las relaciones entre Estados nacientes o con las separaciones étnicas favorecidas o, más bien, creadas y legadas deliberadamente por el colonialismo. Estas regresiones organizadas han impedido la aparición de Estados eficaces al servicio de sus pueblos y han permitido también remodelaciones decididas desde el exterior en nombre del “derecho de protección” y de la injerencia humanitaria.



Todo esto ha permitido la partición de Sudán, las intervenciones abiertas en Libia o en Costa de Marfil y la guerra interminable y sangrienta al este del Congo; ha permitido también la instalación fija de varias ONG que sustituyen a Estados impotentes y que sitúan a las poblaciones, en particular de las zonas rurales, en una relación de asistencia estructural.

Las independencias han fracasado y siguen inconclusas. Es sorprendente comprobar que Fanon hizo una serie de advertencias anticipadas al inicio de las independencias, mucho antes de las desilusiones y los desencantos. Su análisis lúcido alertaba, de una manera sorprendentemente premonitoria, de las derivas que podían afectar a los Estados postcoloniales.

El periodo neocolonial se acaba con la recolonización, bajo formas inéditas, del continente africano y del arco árabe-musulmán, entre otros; pero también -y esto se ve todavía más gracias a la crisis- del propio espacio occidental. Los pueblos, tanto los del sur como los del norte, se enfrentan a un orden neocolonial globalizado, que se basa en la dominación de las plutocracias sobre las poblaciones explotadas y despreciadas. Este orden anónimo, basado en una arquitectura institucional y política, herméticamente cerrada, está construido de manera exclusiva para el beneficio único de los intereses privados. Las democracias parlamentarias occidentales no permiten la renovación de las élites políticas ni la aparición de nuevos dirigentes capaces de sustituir las expresiones de las categorías populares y de las minorías más o menos visibles. Para Fanon, “la descolonización, que se propone cambiar el orden del mundo es [...] un programa de desorden absoluto [...] La descolonización exige un replanteamiento integral de la situación colonial. Su definición puede encontrarse, si se quiere describir con precisión, en la conocida frase: “Los últimos serán los primeros”.<sup>3</sup> Frente a esto que anuncia Fanon, el liberalismo moderno despliega todas sus capacidades de

---

3 *Ibid.*, p. 1. [N. de la T.].

propaganda y de manipulación de las conciencias. Los aparatos mediáticos condicionan la opinión, obtienen su consentimiento y, si es necesario, aclimatan el discurso del fascismo, del racismo y de la estigmatización de las alteridades. Ahí es donde la reflexión y la acción de Fanon empezaron a desarrollarse.

Sometidos a la crítica liberadora de Fanon, los sistemas de poder se manifiestan como lo que son: sistemas de opresión y de pillaje. La nueva etapa del imperialismo -la actual mundialización- consiste en abrir los mercados de los países menos avanzados a las multinacionales. Con la ayuda de ciertos políticos, estas multinacionales imponen una integración liberal de las economías del planeta y de esta forma asientan definitivamente su hegemonía: la nueva etapa histórica de un mercado global dominado por la esfera financiera.

Las multinacionales, los bancos internacionales y las grandes empresas financieras, han subyugado literalmente a los Estados del norte avanzados económicamente que, en todas las instancias internacionales, defienden un orden del mundo que divide la humanidad entre ricos y pobres. Esta despiadada división hace que los primeros, pese a ser extremadamente minoritarios, continúen acaparando las riquezas de todos mientras condenan al resto de la humanidad a la pobreza y a la desgracia. A los más pobres, al contrario que a las mercancías y a los capitales que circulan libremente, se les pone bajo arresto domiciliario y se les prohíbe desplazarse.

Para los grandes poderes lo importante es gestionar los flujos humanos y adaptarlos a las necesidades del mercado mundializado, lo que significa que hay que ordenar y controlar la migración para que esta responda, al mismo tiempo, a los imperativos económicos y demográficos de los Estados sometidos a las multinacionales. Así, pues, en lo sucesivo, las políticas migratorias se llevarán a cabo desde la perspectiva de la “movilidad”. Esta gestión se acompaña de prácticas represivas y coercitivas, cuya ideología nos remite a las peores horas de la historia europea al crear una sociedad de vigilancia,

construida en nombre de la lucha antiterrorista y contribuyendo a la criminalización de los marginados y de los desfavorecidos, pero también de cualquier persona que intente resistirse. A través de transformaciones sucesivas, facilitados por la superposición de categorías sociales y étnico-culturales -los pobres, los negros, los árabes, los musulmanes-, los regímenes occidentales restablecen referencias coloniales en la gestión de sus propias sociedades. Nada nuevo, pues, bajo el sol glacial de la discriminación.

A todo esto hay que añadirle que, aunque la era colonial haya acabado, su herencia común continúa influyendo en el presente y que las ideas preconcebidas y las representaciones distan mucho de haber sido liberadas. De esta manera, “el indígena es declarado impermeable a la ética; carece de valores, pero también niega los valores. Es, nos atrevemos a decirlo, el enemigo de los valores. En este sentido, es el mal absoluto. Elemento corrosivo, destructor de todo lo que está cerca; elemento deformador capaz de desfigurar todo lo que se refiere a la estética o a la moral, depositario de fuerzas maléficas e instrumento inconsciente e irrecuperable de fuerzas ciegas”.<sup>4</sup>

En muchos países aún perduran pensamientos en los que, desgraciadamente, el racismo encuentra su lugar, pero no explícitamente sino bajo formas más insidiosas. Actualmente se basa en un conjunto de mecanismos de exclusión y de infravaloración que parecen funcionar de forma autónoma, sin que nadie llegue a considerarse abiertamente racista. Las superestructuras ideológicas de Estado alimentan la exclusión mediante estigmatizaciones esencialistas y esto es justo lo que Fanon describió en *Pour la révolution africaine*: “El racismo no es un todo, sino el elemento más visible, más cotidiano o, mejor dicho, en algunas ocasiones, el más grosero de una estructura concreta”.<sup>5</sup>

---

4 *Ibid.*, p. 1. [N. de la T.].

5 Frantz Fanon, *Œuvres*, La Découverte, París, 2011, p. 715. [N. de la T.].

La historia tiene el secreto de la paradoja mediante la cual hoy en día el “indígena” es omnipresente, no solo en su lugar de origen sino también en lo que Fanon llamaba “las ciudades prohibidas”, donde hoy se practican formas renovadas de segregación. En *Los condenados de la tierra*, el autor señala que

...el mundo colonizado es un mundo cortado en dos [...] La zona habitada por los colonizados no es complementaria a la zona habitada por los colonos. Esas dos zonas se oponen, pero no al servicio de una unidad superior [...] Ese mundo compartimentado, ese mundo cortado en dos está habitado por especies diferentes. La originalidad del contexto colonial es que las realidades económicas, las desigualdades y la enorme diferencia de modos de vida no llegan nunca a ocultar las realidades humanas.<sup>6</sup>

¿No es así como fueron concebidos algunos barrios de ciertas ciudades?

Desde “el hombre negro que no entró en la historia” hasta una laicidad de combate, el esencialismo es claramente el vestido nuevo de un viejo discurso. Irremediamente, las jerarquías culturales pretenden diferenciar con el fin de dividir y sacar mayor provecho. El color de piel irrumpe de nuevo en el debate, por encima de la cultura, del origen nacional o de la religión. La caracterización del negro equivale a la supuesta desculpabilización del blanco; ambos, prisioneros de su propia alienación.

Por otra parte, en muchos aspectos y a la luz sangrienta de las guerras imperiales en Irak, Afganistán y Libia, pero también de las coloniales en Palestina, es necesario subrayar que la lógica guerrera del imperialismo se despliega con toda su violencia y contribuye a la mutación y a la regresión del derecho internacional. Esto, junto con otros indicios, confirma la puesta en marcha del nuevo orden mundial basado en la intimidación militar, el sometimiento de los más débiles y la sobreexplotación de los recursos del planeta.

---

6 Texto extraído de *Los condenados de la tierra*, *op. cit.*, p. 2. [N. de la T.].

La visión esclarecedora de Fanon sobre los mecanismos de dominación, explotación y alienación conserva toda su vigencia. Y la inevitable revuelta ante un sistema social, político y económico absurdo y criminal sigue siendo el camino para la emancipación de todos, dominados pero también dominantes, en el significado humanista y universalista que caracteriza al hombre y a la obra.

Sin ser *a priori* dogmática ni rígida, la liberación del hombre y su desalienación fueron, para Fanon, en una reflexión alimentada por la realidad, el objetivo último de la lucha política. Al situarse en este terreno, y a pesar de todas las tentativas de deformación, sigue siendo un hombre indivisible. No se puede situar a Fanon en una dimensión concreta de las luchas, pues ha sido antirracista en nombre de la universalidad y anticolonialista en nombre de la justicia y las libertades. Su lucidez y su independencia de pensamiento le han permitido ganarse la estima y el respeto de los combatientes por la libertad y las independencias, como Che Guevara, Amílcar Cabral, Agostino Neto, Nelson Mandela, Mehdi Ben Barka y muchos otros liberadores. Aún hoy en día, Fanon sigue inspirando a nuevas generaciones de militantes e intelectuales, en el sur y en el norte.

No hay ni en la obra ni en el hombre la menor voluntad de venganza ni el menor deseo de estigmatización de los blancos, como querrían hacernos creer hoy en día los propagandistas del imperialismo y los partidarios de la jerarquía de las civilizaciones. Los detractores de Fanon, principalmente los intelectuales orgánicos de los mercados, querrían presentarlo como el teórico de una violencia ciega y sin matiz, ya que, precisamente, su obra es el antídoto radical de la mentira y la impostura que ellos encarnan.

La violencia que Fanon defiende -en cuanto medio último de reconquista de sí mismo para quienes son negados, explotados y reducidos a la esclavitud- es la de la legítima defensa de los oprimidos, que sufren una violencia mayor: la de la dominación, la desposesión y el desprecio. Hoy en día, su pensamiento es todavía un antídoto

a la rendición y representa la expresión de una cólera lúcida, de una indignación legítima que alienta al combate incesante por la libertad, la justicia y la dignidad de mujeres y hombres.

Cincuenta años después de su muerte, la resistencia continúa y la llamada de Fanon a seguir con la lucha por la justicia y la libertad va al encuentro de las aspiraciones de los hombres y mujeres que no paran de crecer en todo el mundo.

MIREILLE FANON-MENDÈS-FRANCE



# TEXTOS DE FRANTZ FANON





# DESVENTURAS DE LA CONCIENCIA NACIONAL<sup>7</sup>

EXTRACTOS DEL CAPÍTULO 3 DEL LIBRO

*LOS CONDENADOS DE LA TIERRA*, DE FRANZ FANON

La historia nos enseña que el combate anticolonialista no se inscribe en una perspectiva nacionalista de repente. Durante mucho tiempo, el colonizado dirige sus esfuerzos hacia la supresión de ciertas iniquidades: trabajo forzado, sanciones corporales, desigualdad en los salarios, limitación de los derechos políticos, etc. Este combate por la democracia contra la opresión del hombre saldrá progresivamente de la confusión neoliberal universalista para desembocar, a veces laboriosamente, en la reivindicación nacional. Sin embargo, la falta de preparación de las élites, la ausencia de un enlace orgánico entre estas y las masas, su pereza y -hay que decirlo- la cobardía en los momentos decisivos de la lucha va a dar origen a desventuras trágicas.

La conciencia nacional, en vez de ser la cristalización coordinada de las aspiraciones más íntimas de la totalidad del pueblo, en vez de ser el producto inmediato más palpable de la movilización popular, será en cualquier circunstancia una forma sin contenido, frágil, simplista. Las deficiencias que se descubren en ella explican ampliamente la facilidad con la cual, en los jóvenes países independientes, se pasa del Estado a lo étnico, de lo étnico a la tribu. Esas grietas explican

---

7 *Ibid.*, p. 74. [N. de la T.].

los retrocesos, tan lamentables y perjudiciales para el desarrollo y la unidad nacionales. Veremos cómo esas debilidades y los peligros graves que estas encierran son el resultado histórico de la incapacidad de la burguesía nacional de los países subdesarrollados para racionalizar la praxis popular, es decir, para penetrar en sus razones.

La debilidad clásica, casi congénita, de la conciencia nacional de los países subdesarrollados no es solo la consecuencia de la mutilación del hombre colonizado por el régimen colonial. Es también el resultado de la pereza de la burguesía nacional, de su indigencia y de la formación profundamente cosmopolita de su mentalidad.

La burguesía nacional, que toma el poder al concluir el régimen colonial, es una burguesía subdesarrollada. Su poder económico es casi nulo y, en todo caso, no se asemeja al de la burguesía metropolitana a la que pretende sustituir. En su narcisismo voluntarista, la burguesía nacional se ha convencido con facilidad de que puede sustituir a la burguesía metropolitana. Pero la independencia, que la pone literalmente entre la espada y la pared, desencadenará en ella reacciones catastróficas y la obligará a lanzar llamadas angustiosas a la antigua metrópoli. Los dirigentes universitarios y los comerciantes que conforman la parte más ilustrada del nuevo Estado se caracterizan por su escaso número, su concentración en la capital y su tipo de actividades: negocios, explotaciones agrícolas y profesiones liberales. En el seno de esta burguesía nacional no hay ni industriales ni financieros. La burguesía nacional de los países subdesarrollados no está orientada hacia la producción, la invención, la construcción o el trabajo. Está enfocada totalmente hacia actividades intermediarias. Distribuidores, negociantes... este tipo de actividades son, al parecer, su verdadera vocación. La burguesía nacional tiene la psicología del hombre de negocios, no del capitán de industria; si bien es cierto que la rapacidad de los colonos y el sistema de embargo establecido por el colonialismo no le dejaron prácticamente otra opción.

En el sistema colonial, una burguesía que acumula capital es impensable. Precisamente, parece que el papel de una burguesía nacional auténtica, en un país subdesarrollado, es negarse como burguesía, negarse en cuanto instrumento del capital y someterse absolutamente al capital revolucionario que constituye el pueblo.

En un país subdesarrollado, una burguesía nacional auténtica debe asumir el imperioso deber de traicionar la vocación a la que estaba destinada y dedicarse a la formación del pueblo, es decir, poner a disposición del pueblo el capital intelectual y técnico que esta ha logrado con su paso por las universidades coloniales. Veremos cómo, desgraciadamente, la burguesía nacional se desvía con frecuencia de ese camino heroico y positivo, fecundo y justo, para emprender, con toda tranquilidad, el camino terrible -por antinacional- de una burguesía clásica, de una burguesía burguesa; llana, estúpida y cínicamente burguesa.

El objetivo de los partidos nacionalistas a partir de cierta época es -ya lo hemos visto- estrictamente nacional. Movilizan al pueblo en torno a la consigna de independencia y, en cuanto a lo demás, se remiten al futuro. Cuando se pregunta a estos partidos acerca del programa económico del Estado que reivindican, sobre el régimen que se proponen instaurar, se muestran incapaces de responder porque, precisamente, ignoran por completo todo lo que se refiere a la economía de su propio país.

Esta economía se ha desarrollado siempre al margen de ellos. Tan solo tienen un conocimiento libresco, aproximado de los recursos actuales y potenciales del suelo y del subsuelo de su país, por lo que únicamente pueden hablar de ello en un plano abstracto, general. Después de la independencia, esta burguesía subdesarrollada, numéricamente reducida, sin capital y que rechaza la vía revolucionaria, lamentablemente se estancará, pues no puede dar rienda suelta a su talento del que podía afirmar, un poco a la ligera, que había sido bloqueado por el dominio colonial. La precariedad de sus medios

y la escasez de dirigentes la abocan durante años a una economía de tipo artesanal. Para su perspectiva inevitablemente limitada, una economía nacional es una economía basada en lo que llamamos productos locales, por lo que pronunciarán grandes discursos sobre la artesanía. Dada su imposibilidad para instalar fábricas más rentables para el país y para ella misma, la burguesía arropará la artesanía con una ternura chauvinista acorde con la nueva dignidad nacional que, además, le aportará ganancias sustanciales. Ese culto a los productos locales y esta imposibilidad de crear nuevas orientaciones se pondrán de manifiesto con el estancamiento de la burguesía nacional en la producción agrícola característica del periodo colonial.

La economía nacional del periodo de independencia no se ha reorientado, pues todavía se basa en la cosecha del cacahuete, del cacao y de la aceituna. Tampoco se ha introducido ninguna modificación en la elaboración de productos básicos ni se ha instalado ninguna industria en el país. Se siguen exportando las materias primas y continúan siendo los pequeños agricultores de Europa, los especialistas de productos sin elaborar.

Sin embargo, la burguesía nacional no deja de exigir la nacionalización de la economía y de los sectores comerciales. Pero, para ella, nacionalizar no significa poner la totalidad de la economía al servicio de la nación ni satisfacer todas sus necesidades, nacionalizar no significa ordenar el Estado en función de relaciones sociales; nacionalizar significa, exactamente, transferir a los autóctonos los privilegios heredados de la etapa colonial.

Como la burguesía no tiene suficientes medios materiales ni intelectuales -ingenieros, técnicos-, limitará sus pretensiones a la recuperación de los negocios y las empresas que poseían los colonos. La burguesía nacional ocupa el lugar de la antigua población europea: médicos, abogados, comerciantes, representantes, burócratas, agentes aduaneros, etc., pues considera necesario, por la dignidad del país y por su propia seguridad, ocupar todos esos puestos. En lo sucesivo

exigirá que las grandes compañías extranjeras recurran a ella, ya sea porque quieran quedarse en el país o porque tengan la intención de introducirse. La burguesía nacional tiene la misión histórica de servir de intermediaria. Como vemos, no se trata de una vocación que tiene como finalidad transformar la nación, sino que tan solo pretende servir de correa de transmisión de un capitalismo abocado al camuflaje y que ahora se reviste con la máscara neocolonialista. La burguesía nacional se complacerá, sin complejos y con toda dignidad, con el papel de agente de negocios de la burguesía occidental. Ese papel lucrativo, esa función de pequeño comerciante, esa estrechez de miras y esa ausencia de ambición simbolizan la incapacidad de la burguesía nacional para cumplir con su papel histórico. El aspecto dinámico y pionero, el aspecto inventor y descubridor de mundos presente en cualquier burguesía nacional, lamentablemente, está ausente. En el seno de la burguesía nacional de los países coloniales domina el espíritu hedonista; en el plano psicológico, esta burguesía se identifica con la burguesía occidental, cuyas enseñanzas ha absorbido. También la imita en su lado negativo y decadente, sin haberse saltado las primeras etapas de exploración e invención que son, en cualquier circunstancia, un mérito de esa burguesía occidental. En sus inicios, la burguesía nacional de los países coloniales se identifica con el fin de la burguesía occidental. No hay que creerse que quema etapas; de hecho, empieza por el final. Está en la senectud sin haber conocido la petulancia, la intrepidez ni el voluntarismo de la juventud y la adolescencia.

En su faceta decadente, la burguesía nacional recibirá una ayuda considerable por parte de las burguesías occidentales, que se muestran como turistas enamorados del exotismo, la caza y los casinos. La burguesía nacional organiza centros de descanso, reposo y relax para la burguesía occidental. Esta actividad recibirá el nombre de turismo y se convertirá en una industria nacional. Si queremos una prueba de esta transformación eventual de los componentes de la

burguesía excolonizada en organizadores de fiestas para la burguesía occidental, recordemos lo que pasó en América Latina. Los casinos de La Habana, México, las playas de Río, las jovencitas brasileñas, las mexicanas, las mestizas de trece años, Acapulco, Copacabana... Estos son los estigmas de la depravación de la burguesía nacional. Como no tiene ideas, como está encerrada en sí misma, aislada del pueblo, minada por su incapacidad congénita para pensar en el conjunto de problemas a nivel de la totalidad de la nación, la burguesía nacional asumirá el papel de gerente de las empresas occidentales y convertirá su país, prácticamente, en el burdel de Europa.

Una vez más hay que tener presente el espectáculo lamentable de ciertas repúblicas de América Latina. En un abrir y cerrar de ojos los hombres de negocios de Estados Unidos, los grandes banqueros y los tecnócratas desembarcan “en el trópico” y durante ocho o diez días se entregan a la dulce depravación que les ofrecen sus “reservas”.

El comportamiento de los propietarios agrícolas nacionales prácticamente se identifica con el de la burguesía de las ciudades. Desde la proclamación de la independencia, los grandes agricultores han exigido la nacionalización de las explotaciones agrícolas. Con ayuda de múltiples estratagemas logran apoderarse de las fincas que antes fueron propiedad de los colonos, reforzando así su dominio sobre la región. Sin embargo, no intentan renovar la agricultura, intensificarla ni integrarla en una economía realmente nacional.

En realidad, los propietarios agrícolas exigirán a los poderes públicos que centupliquen a su favor las facilidades y los privilegios de los que se beneficiaron antes, los colonos extranjeros. La explotación de los obreros agrícolas se reforzará y se legitimará. Manipulando dos o tres eslóganes, estos nuevos colonos exigirán una cantidad enorme de trabajo a los obreros agrícolas, por supuesto, en nombre del esfuerzo nacional. No habrá modernización de la agricultura ni un plan de desarrollo ni tampoco iniciativas, porque las iniciativas, que implican un mínimo de riesgos, producen pánico en esos entornos

y dominan a la burguesía rural insegura, prudente, que se sumerge cada vez más en los circuitos establecidos por el colonialismo.

En esas regiones, las iniciativas le corresponden al Gobierno, que es quien las suspende, las fomenta y las financia. La burguesía agrícola se niega a correr el menor riesgo. Detesta el azar, la aventura. No quiere transitar en arenas movedizas. Exige solidez, rapidez. Los beneficios que se embolsa, enormes si se tiene en cuenta la renta nacional, no se reinvierten. Los ahorros “guardados en el colchón” dominan la psicología de esos propietarios rurales. A veces, sobre todo en los años que siguen a la independencia, la burguesía no duda en confiar a los bancos extranjeros los beneficios que obtiene del territorio nacional. Y se destinan grandes cantidades de dinero a productos de lujo, automóviles y mansiones, gastos que los economistas señalan como típicos de la burguesía subdesarrollada.

Hemos dicho que la burguesía colonizada que llega al poder utiliza su agresividad de clase para acaparar los puestos detentados anteriormente por los extranjeros. Evidentemente, justo después de la independencia, la burguesía se topa con las secuelas humanas del colonialismo: abogados, comerciantes, propietarios rurales, médicos y funcionarios superiores. Combate sin piedad a esa gente “que denigra la dignidad nacional”. Defiende con vigor las ideas de nacionalización de dirigentes, de africanización de dirigentes. De hecho, su actitud se teñirá cada vez más de racismo. De repente planteará con crudeza un problema concreto al Gobierno: se necesitan esos puestos. Y no pondrá sordina a su agresividad hasta que los haya ocupado en su totalidad.

Por su lado, el proletariado de las ciudades, la masa de desempleados, los pequeños artesanos -lo que suele llamarse “pequeños oficios”-, se unen a esa actitud nacionalista, aunque hay que hacerles justicia: lo único que hacen es calcar su actitud de la actitud de su burguesía. Si la burguesía nacional compite con los europeos, los artesanos y los pequeños oficios desencadenan la lucha contra los africanos no



nacionales. En Costa de Marfil, estos motines propiamente racistas se dirigen contra los habitantes de Benín o de Burkina Faso.<sup>8</sup>

Inmediatamente después de la independencia, estos pueblos, que ocupaban importantes sectores en el pequeño comercio, son objeto de manifestaciones de hostilidad por parte de los marfileños. Del nacionalismo hemos pasado al ultranacionalismo, al chauvinismo, al racismo. Se exige a los extranjeros que se vayan, se queman sus tiendas, se destruyen sus puestos, se les lincha y, efectivamente, el Gobierno marfileño los insta a marcharse para complacer a los nacionales [...].

Como vemos, el mecanismo es idéntico en los dos tipos de fenómenos. Mientras que los europeos limitan la voracidad de los intelectuales y de la burguesía empresarial de la joven nación, para la masa popular de las ciudades la competencia está representada principalmente por africanos de una nación distinta. En Costa de Marfil son los benineses; en Ghana, los nigerianos; y en Senegal, los sudaneses.

Cuando la exigencia de negrificación o arabización de los dirigentes que plantea la burguesía no procede de una iniciativa auténtica de nacionalización, sino que corresponde simplemente a la preocupación de confiar a la burguesía el poder detentado hasta entonces por el extranjero, las masas plantean, a su nivel, la misma reivindicación, pero restringiendo la noción de “negro” o “árabe” a los límites territoriales. Entre las afirmaciones fluctuantes sobre la unidad del continente y ese comportamiento que los dirigentes han inculcado a las masas pueden describirse múltiples actitudes. Asistimos a un ir y venir permanente entre la unidad africana, que se

---

8 En el original, el autor utiliza Dahoméens y Voltaïques, que eran las denominaciones oficiales de los habitantes de Benín y Burkina Faso, respectivamente, en el momento en el que se escribió el texto. [N. de la T].

desvanece cada vez más, y la vuelta desesperante a un chauvinismo más odioso y arisco:

Por el lado senegalés, los líderes que han sido los principales teóricos de la unificación africana y que, en repetidas ocasiones, han sacrificado sus organizaciones políticas locales y sus posiciones personales por esta idea, aunque de buena fe, tienen innegables responsabilidades. Su error, nuestro error, ha sido, bajo el pretexto de luchar contra la balcanización, no tomar en consideración ese factor precolonial que es el territorialismo. Nuestro error ha sido no haber prestado suficiente atención en nuestros análisis a ese fenómeno, fruto del colonialismo, pero también con una base sociológica, que una teoría sobre la unidad, por loable o interesante que sea, no puede abolir. Nos hemos dejado seducir por el espejismo de la construcción más satisfactoria para la mente y, tomando nuestro ideal como una realidad, hemos creído que bastaba con condenar el territorialismo y su derivado natural, el micronacionalismo, para suprimirlos y asegurar el éxito de nuestro quimérico proyecto.<sup>9</sup>

La distancia entre el chauvinismo senegalés y el tribalismo wólof no es muy grande. Y, en realidad, en todos los lugares en los que la burguesía nacional -por su comportamiento mezquino y por la imprecisión de sus posiciones doctrinales- no ha logrado educar a todo el pueblo ni plantear los problemas primero en función de dicho pueblo y, además, se ha mostrado incapaz de ampliar lo suficiente su visión del mundo, asistimos a un retorno hacia las posiciones tribales y presenciamos, airados, el triunfo exacerbado de las etnias. Ya que la burguesía se apresura a impartir justicia y a ocupar los puestos en todos los sectores y dado que su único lema es el de sustituir a los extranjeros, los nacionales con menos estatus -taxistas, vendedores ambulantes y limpiabotas- también exigirán

---

9 Mamadou Dia, *Nations africaines et solidarité mondiale*, PUF, Paris, 1960, p. 140. [N. del E.]. Traducción de Josep Toro, *Naciones africanas y solidaridad mundial*, Barcelona, Fontanella, 1962. [N. de la T.].

que los benineses vuelvan a su país o, aún peor, que los fulanis o peuls<sup>10</sup> vuelvan a su poblado o a sus montañas.

A partir de esta perspectiva, hay que interpretar el hecho de que en los jóvenes países independientes triunfe el federalismo. Como sabemos, el dominio colonial ha beneficiado a ciertas regiones. La economía de la colonia no está integrada en toda la nación; más bien establece relaciones de complementariedad con las diferentes metrópolis. El colonialismo no explota casi nunca la totalidad del país. Se contenta con sacar a relucir los recursos naturales que extrae y exporta a las industrias metropolitanas, lo que permite una relativa riqueza sectorial mientras el resto de la colonia continúa con su subdesarrollo y miseria, incluso agravados.

El día siguiente a la independencia, los nacionales que habitan las regiones prósperas toman conciencia de su suerte y, por un reflejo visceral y primario, se niegan a alimentar al resto de los nacionales. Las regiones ricas en cacahuete, cacao y diamantes irrumpen en el vacío panorama que forma el resto de la nación. Los nacionales de esas regiones observan con odio a los otros, en quienes descubren la envidia, el ansia y los impulsos homicidas. Las viejas rivalidades anticoloniales, los viejos odios interraciales resucitan. Los luba<sup>11</sup> se niegan a alimentar a los luluas<sup>12</sup>. La provincia de Katanga se constituye en Estado y Albert Kalonji se hace coronar rey de Kasai del Sur.<sup>13</sup>

---

10 Pueblo nómada más grande del mundo con asentamientos repartidos por toda África Occidental. [N. de la T.]

11 Pueblo que habita en el sureste del Congo y que pertenece a la familia lingüística bantú. Están divididos en varias tribus y sobrepasan el medio millón de individuos. [N. de la T.].

12 Tribu perteneciente a los lubas, que habita en el valle de Lulua, en el Congo, y que forma parte de la familia lingüística bantú. [N. de la T.].

13 Para saber más sobre este tema, se puede consultar el libro de Patrice Lumumba de esta misma colección. [N. de la E.].

La unidad africana, fórmula imprecisa a la que los hombres y mujeres de África se habían ligado emocionalmente y cuyo valor funcional consistía en presionar con violencia al colonialismo, revela su verdadero rostro y se desmenuza en regionalismos dentro de una misma realidad nacional. Como la burguesía nacional, que solo piensa en sus intereses inmediatos y no ve más allá, se muestra incapaz de conseguir la simple unidad nacional y de construir la nación sobre bases sólidas y fecundas. El frente nacional que había hecho retroceder al colonialismo se desintegra y consume su derrota.

Esa lucha implacable que libran las etnias y las tribus, y ese impulso agresivo por ocupar los puestos que han quedado libres tras la marcha de los extranjeros también provocarán disputas religiosas. En los campos y en los poblados, las pequeñas cofradías, las religiones locales y el marabutismo<sup>14</sup> recobrarán su vitalidad y retomarán el ciclo de las excomuniones. En las grandes ciudades, entre los pequeños empresarios asistiremos a la confrontación entre las dos grandes religiones reveladas: el islamismo y el catolicismo.

El colonialismo, que se tambaleó con el nacimiento de la unidad africana, recupera sus dimensiones y trata ahora de quebrantar esa voluntad utilizando todas las debilidades del movimiento. El colonialismo movilizará a los pueblos africanos al mostrarles la existencia de rivalidades “espirituales”. En Senegal, el periódico *Afrique nouvelle* propagará cada semana el odio hacia el islam y los árabes. Los libaneses, que poseen la mayor parte del pequeño comercio en la costa occidental, son víctimas de todo el rencor nacional. En el momento adecuado, los misioneros recuerdan a las masas que la invasión árabe destruyó algunos de los grandes imperios negros mucho antes de la llegada del colonialismo europeo. Nadie duda en afirmar que la ocupación árabe fue la que preparó el camino al colonialismo

---

14 En algunos países musulmanes, sobre todo en los del Magreb, se práctica con mucha frecuencia el culto a los morabitos o marabúes, personas pías a las que se les atribuye cierta santidad. [N. de la T.].

europeo, hablando de imperialismo árabe y denunciando el imperialismo cultural del islam. Por norma general, los musulmanes son marginados de los puestos de dirección, pero en otras regiones se produce el fenómeno inverso y los autóctonos cristianizados son los enemigos objetivos y conscientes de la independencia nacional.

El colonialismo utiliza descaradamente todos sus trucos y está feliz de enfrentar entre sí a los africanos que ayer se habían aliado en su contra. El concepto de San Bartolomé<sup>15</sup> toma forma en ciertas mentes y el colonialismo se burla en voz baja cuando escucha las declaraciones desmesuradas sobre la unidad africana. Dentro de una misma nación, la religión divide al pueblo y enfrenta entre sí a las comunidades espirituales mantenidas y fortalecidas por el colonialismo y sus instrumentos. En todos lados se desencadenan fenómenos totalmente inesperados. En países con predominio católico o protestante, las minorías musulmanas se arrojan a una devoción insólita: se reavivan las fiestas islámicas y la religión musulmana se defiende con uñas y dientes del violento absolutismo de la religión católica. Algunos ministros se dirigen a estos individuos para decirles que si no están contentos, no tienen más que irse a El Cairo. Algunas veces, el protestantismo norteamericano transporta a territorio africano sus prejuicios anticatólicos y fomenta las rivalidades tribales a través de la religión.

A escala continental, esta tensión religiosa puede ocultar la cara del racismo más vulgar: África se divide en una parte blanca y una parte negra, pero los términos sustitutos “África al sur” o “al norte del Sáhara” no logran disimular ese racismo latente. En una zona se afirma que el África blanca tiene una tradición cultural milenaria, que es mediterránea, que es una prolongación de Europa, que

---

15 La matanza de San Bartolomé fue un episodio de violencia durante las guerras de religión en Francia en el siglo XVI. Su causa fue la rivalidad política entre católicos y hugonotes -cristianos protestantes franceses de doctrina calvinista-. [N. de la T.].

participa de la cultura grecolatina, mientras que al África negra se la percibe como una región inerte, brutal, incivilizada... salvaje. En la otra, todo el día se oyen reflexiones desagradables sobre el velo de las mujeres, sobre la poligamia y sobre el supuesto desprecio de los árabes por el sexo femenino. Todas estas reflexiones recuerdan por su agresividad a las que se han descrito con tanta frecuencia como propias del colono. La burguesía nacional de cada una de esas dos grandes regiones, que ha asimilado incluso las raíces más podridas del pensamiento colonialista, toma el relevo a los europeos y establece en el continente africano una filosofía racista terriblemente perjudicial para el futuro de África. Por su pereza y su mimetismo, esta burguesía favorece la implantación y el fortalecimiento del racismo que caracterizaba a la etapa colonial. Así, pues, en un país que dice ser africano tampoco es sorprendente oír pensamientos nada menos que racistas y comprobar que existen comportamientos paternalistas que dan la amarga impresión de que uno se encuentra en París, Bruselas o Londres.

En algunas regiones de África, el paternalismo estúpido para con los negros y la idea obscena sacada de la cultura occidental, de que el negro es incapaz de asimilar la lógica y las ciencias, reina con toda su crudeza. Incluso algunas veces podemos comprobar que las minorías negras están confinadas a una semiesclavitud que justifica esa especie de circunspección, y también de desconfianza, que los países del África negra sienten por los países del África blanca. No es de extrañar que cuando un ciudadano del África negra visita una gran ciudad del África blanca, los niños lo llamen “negro” en un tono despectivo o que los funcionarios se dirijan a él en lengua *petit nègre*<sup>16</sup> [...].

---

16 Pidgin utilizado entre los años 1857 y 1954 por los soldados del África Occidental y sus oficiales blancos en algunas colonias francesas. Se trata de una versión simplificada del francés que se enseñó a los habitantes indígenas en el ejército colonial francés. [N. de la T.].

Como se ve, las carencias de la burguesía no se manifiestan únicamente en el plano económico. La burguesía, que ha llegado al poder en nombre de un nacionalismo deteriorado y en nombre de la raza, demostrará su incapacidad para hacer triunfar una catequesis humanista mínima al manejar con absoluta irresponsabilidad frases sacadas directamente de los tratados de moral o de filosofía política de Europa, con bonitas declaraciones en cuanto a la forma, pero totalmente vacías de contenido. La burguesía, cuando es fuerte y organiza el mundo en función de su poder, no duda en proclamar ideas democráticas con un propósito universalista. Esta burguesía económicamente sólida necesita condiciones excepcionales para verse abocada a no respetar su ideología humanista. La burguesía, occidental, aunque fundamentalmente racista, casi siempre consigue enmascarar ese racismo multiplicando los matices, lo que le permite conservar intacta su proclamación de la eminente dignidad humana.

La burguesía occidental ha levantado suficientes barreras y alambradas para no tener que temer a un enfrentamiento con aquellos a quienes explota y desprecia. El racismo burgués occidental hacia el negro y el *bicot*<sup>17</sup> es un racismo de desprecio; es un racismo infravalorador. Pero la ideología burguesa, que proclama una igualdad intrínseca entre los seres humanos, se las ingenia para seguir siendo lógica consigo misma, invitando a la gente de segunda a humanizarse a través del modelo de humanidad occidental que ella misma encarna.

El racismo de la joven burguesía nacional es un racismo defensivo, un racismo basado en el miedo. No difiere esencialmente del vulgar tribalismo, ni incluso de las rivalidades entre *çof*<sup>18</sup> o cofradías. Es comprensible que los observadores internacionales perspicaces casi

---

17 En francés: término ofensivo y racista que se utiliza para designar a un norteafricano. [N. de la T.].

18 Alianza de tribus en la región histórica de Cabilia (norte de Argelia). [N. del E.].

no hayan tomado en serio los grandes movimientos a favor de la unidad africana. El número de grietas perceptibles a simple vista es tal, que se intuye con bastante claridad que todas esas contradicciones tendrán que resolverse antes de que llegue la hora de esa unidad.

Los pueblos africanos se han dejado ver recientemente y han decidido, en nombre del continente, influir de manera contundente sobre el régimen colonial. Sin embargo, las burguesías nacionales que se apresuran, región tras región, a montar su propio negocio y a poner en marcha un sistema nacional de explotación, multiplican los obstáculos para realizar esa “utopía”. Las burguesías nacionales, perfectamente conscientes de sus objetivos, están decididas a impedir el camino a esa unidad, a ese esfuerzo coordinado de doscientos cincuenta millones de personas para vencer a la ignorancia, al hambre y a la inhumanidad a la vez. Por eso tenemos que saber que la unidad africana solo puede llevarse a cabo bajo el empuje y la dirección de los pueblos, es decir, sin tener en cuenta los intereses de la burguesía.

En el plano interior y en el marco institucional, la burguesía nacional también demostrará su incapacidad. En un cierto número de países subdesarrollados, el juego parlamentario está totalmente falseado. Como es económicamente impotente e incapaz de crear relaciones sociales coherentes, basadas en el principio de su dominio como clase, la burguesía escoge la solución que le parece más fácil: la del partido único. Tampoco posee todavía esa conciencia limpia y esa tranquilidad que solo el poder económico y el control del sistema estatal podrían conferirle. No crea un Estado que da seguridades al ciudadano, sino uno que le produce inquietud.

El Estado que, por su fortaleza y al mismo tiempo por su discreción, debería dar confianza, desarmar y adormecer, se impone de forma llamativa: se exhibe, maltrata y denigra, haciendo ver al ciudadano que está en peligro constante. El partido único es la forma moderna de la dictadura burguesa sin máscara, sin rodeos, sin escrúpulos, cínica.



Esta dictadura -es un hecho- no llegará muy lejos, pues no deja de poner de manifiesto su propia contradicción. Como la burguesía no tiene los medios económicos para asegurar su dominio ni para distribuir algunas migajas a todo el país y como, además, está ocupada en llenarse los bolsillos lo más rápido posible, pero también de la forma más vulgar, el país se sumerge cada vez más en el marasmo. Y para esconder ese marasmo, para disfrazar esa regresión, para sentirse mejor y para darse pretextos para enorgullecerse, a la burguesía no le queda más recurso que levantar obras grandiosas en la capital e invertir en lo que llamamos gastos de lujo.

La burguesía nacional da la espalda cada vez más al interior, a las realidades del país baldío y mira hacia la antigua metrópoli, hacia los capitalistas extranjeros que se aseguran sus servicios. Como no comparte sus beneficios con el pueblo ni le permite aprovechar de ninguna manera las ventajas que le otorgan las grandes compañías extranjeras, se encontrará con que necesita un líder popular al que le corresponderá el doble rol de estabilizar el régimen y de perpetuar el dominio de la burguesía. La dictadura burguesa de los países subdesarrollados obtiene su solidez de la existencia de un líder. En los países desarrollados, como sabemos, la dictadura burguesa es el producto del poder económico de la burguesía. En cambio, en los países subdesarrollados el líder representa la fuerza moral a cuya costa decide enriquecerse la pobre y desvalida burguesía de la joven nación.

El pueblo que durante años le ha visto u oído hablar, que, de lejos, en una especie de sueño, ha seguido las discusiones del líder con la potencia colonial, de forma espontánea otorga su confianza a ese patriota. Antes de la independencia, el líder encarnaba las aspiraciones del pueblo en general: independencia, libertades políticas y dignidad nacional. Sin embargo, después de la independencia, en lugar de representar las necesidades del pueblo y de convertirse en el promotor de su verdadera dignidad, aquella que pasa por el

pan, la tierra y el retorno del país a las manos sagradas del mismo, el líder mostrará su función real: ser el presidente general de la sociedad de parásitos impacientes por disfrutar que representa la burguesía nacional

A pesar de su frecuente honestidad y de sus sinceras declaraciones, el líder es, desde un punto de vista objetivo, el férreo defensor de los intereses, ahora comunes, de la burguesía nacional y de las antiguas compañías coloniales. Su honestidad, que simplemente es un estado de ánimo, se desvanece progresivamente. El contacto con las masas es tan irreal, que el líder llega a convencerse de que quieren atentar contra su autoridad y de que ponen en duda los servicios prestados a la patria. El líder juzga la ingratitude de las masas con dureza y se sitúa, cada día con más firmeza, en el bando de los explotadores. Entonces se transforma, con conocimiento de causa, en cómplice de la nueva burguesía que se mueve entre la corrupción y el gozo.

Los circuitos económicos del joven Estado se hunden irreversiblemente en la estructura neocolonialista. La economía nacional, protegida en el pasado, ahora es totalmente dependiente. El presupuesto se alimenta de préstamos y donaciones. Cada trimestre, los propios jefes de Estado o las delegaciones gubernamentales se dirigen a las antiguas metrópolis o a otros lugares a la caza de capitales. La antigua potencia colonial multiplica las exigencias y acumula concesiones y garantías, tomando cada vez menos precauciones para ocultar la sumisión con la que administra el poder nacional. Lamentablemente, el pueblo se estanca en una miseria insoportable y, poco a poco, toma conciencia de la traición incalificable de sus dirigentes. Esa conciencia es muy fuerte, sobre todo, porque la burguesía es incapaz de organizarse en clases. La distribución de las riquezas que esta lleva a cabo no está dividida en sectores múltiples, no es escalonada, ni tampoco se jerarquiza en grados intermedios. La nueva casta denigra y subleva cada vez más aún cuando la inmensa mayoría -el 90 % de la población- sigue muriéndose de hambre.

El enriquecimiento escandaloso, rápido e implacable de esta casta va acompañado de un decisivo despertar del pueblo, de una toma de conciencia que promete futuros violentos. La casta burguesa, esa parte de la nación que suma a la totalidad de sus ganancias las riquezas del país, por una especie de lógica inesperada, desembocará en juicios peyorativos sobre los otros negros o árabes, que recuerdan en más de un concepto a la doctrina racista de los antiguos representantes de la potencia colonial. Es, a la vez, la miseria del pueblo, el enriquecimiento desordenado de la casta burguesa y su desprecio hacia el resto de la nación, lo que endurecerá las reflexiones y las actitudes.

Pero las amenazas que eclosionan provocarán el fortalecimiento de la autoridad y la aparición de la dictadura. El líder, que tiene tras de sí una vida de militante y de patriota entregado, al respaldar la actividad de esa casta y al cerrar los ojos ante la insolencia, la mediocridad y la inmoralidad innatas de esos burgueses, hace de barrera entre el pueblo y la burguesía rapaz. Él mismo contribuye a frenar la toma de conciencia del pueblo, viene a socorrer a la casta, oculta sus maniobras al pueblo y se convierte así en el artesano más apasionado en la tarea de confusión y embotamiento de las masas [...].

El líder apacigua al pueblo. Años después de la independencia, incapaz de empujar al pueblo hacia una tarea concreta, incapaz de abrirle el futuro, de llevarle por el camino de la construcción de la nación y, en consecuencia, de su propia construcción, le vemos repitiendo la historia de la independencia y recordando la unión sagrada de la lucha de liberación. Puesto que dicho líder se niega a acabar con la burguesía nacional, le pide al pueblo que regrese al pasado y se embriague con la epopeya que los ha conducido a la independencia. El líder -de forma objetiva- pone frenos al pueblo y se esfuerza en expulsarlo de la historia y dejarlo al margen. Durante la lucha de liberación despertó al pueblo y le prometió una marcha heroica y radical. Después multiplicó los esfuerzos para adormecerlo

y, tres o cuatro veces al año, le pedía que se acordara de la época colonial y que apreciara el inmenso camino recorrido.

Sin embargo, las masas muestran una incapacidad total para apreciar el camino recorrido. El campesino que continúa trabajando la tierra y el desempleado que no encuentra trabajo no consiguen convencerse de que realmente algo haya cambiado en sus vidas, a pesar de las fiestas y de las nuevas banderas. Por más que la burguesía en el poder no para de multiplicar las manifestaciones, las masas no logran ilusionarse. Las masas tienen hambre y el comisario de policía, ahora africano, no les merece mucha confianza. Las masas empiezan a disgustarse, a alejarse y a perder interés por esa nación que no cuenta con ellas.

Cada cierto tiempo, sin embargo, el líder se moviliza, habla por radio y hace una gira para apaciguar, calmar y hacer falsas promesas. Esta figura es más necesaria porque no tiene partido. Durante el período de lucha por la independencia existía un partido que el actual líder dirigió. Pero, lamentablemente, el partido se ha desintegrado desde entonces. Solo subsiste formalmente, nominalmente, por su emblema y su divisa. El partido orgánico, que debía facilitar la libre circulación de un pensamiento elaborado con las necesidades reales de las masas, se ha transformado en un sindicato de intereses individuales. Después de la independencia, el partido ya no ayuda al pueblo a formular sus reivindicaciones, a cobrar mayor conciencia de sus necesidades ni a asentar mejor su poder. Actualmente, tiene como misión hacer llegar al pueblo las instrucciones que emanan de la cumbre. Ya no existe ese ir y venir fecundo de la base a la cumbre, de la cumbre a la base, que funda y garantiza la democracia en un partido. Por el contrario, el partido se ha constituido en pantalla entre las masas y la dirección. Ya no existe la vida de partido. Las células creadas durante la etapa colonial se encuentran ahora en un estado de desmovilización total.

El militante hierve de impaciencia. Entendemos, pues, lo pertinentes que son las posiciones tomadas por ciertos militantes durante la lucha de liberación. De hecho, en el momento del combate, varios militantes habían pedido a los organismos dirigentes que elaborasen una doctrina, que precisasen los objetivos y que propusieran un programa. Pero, bajo pretexto de salvaguardar la unidad nacional, los dirigentes se negaron con rotundidad a abordar esa tarea. La doctrina -se repetía- es la unión nacional contra el colonialismo. Y avanzábamos así, armados con un eslogan ferviente convertido en doctrina, reduciendo cualquier actividad ideológica a una serie de variantes sobre el derecho de los pueblos a decidir por sí mismos, arrastrados por el viento de la historia que se llevará el colonialismo de forma irreversible. Mientras que los militantes pedían que se analizara un poco mejor ese viento de la historia, los dirigentes les replicaban con la esperanza de una descolonización necesaria e inevitable.

Después de la independencia, el partido se sumerge en un gran letargo. Los militantes solo se movilizan para las manifestaciones populares, las conferencias internacionales y las fiestas de la independencia. Se designa a los líderes locales del partido para los puestos administrativos, el partido se convierte en administración y los militantes abandonan la lucha y reciben el título vacío de ciudadano.

Ahora que han cumplido su misión histórica de llevar a la burguesía al poder, se les invita a retirarse para que la burguesía pueda cumplir con su propia misión con tranquilidad. Sin embargo, hemos visto que la burguesía nacional de los países subdesarrollados es incapaz de cumplir cualquier misión. Al cabo de unos años, la desintegración del partido se pone de manifiesto y cualquier observador, incluso superficial, puede darse cuenta de que el antiguo partido, que ahora se ha vuelto esquelético, solo sirve para inmovilizar al pueblo

El partido, que durante el combate había atraído hacia él toda la nación, se descompone. Los intelectuales, que en vísperas de

la independencia se habían afiliado al partido, confirman con su comportamiento actual que esa afiliación no tuvo otro fin que el de participar en la distribución del pastel de la independencia. El partido se convierte en un medio para el éxito individual.

No obstante, dentro del nuevo régimen existe una desigualdad en cuanto al enriquecimiento y al acaparamiento. Algunos se aprovechan de la situación y se muestran como brillantes especialistas del oportunismo. Los privilegios se multiplican, la corrupción triunfa y las costumbres se degradan. Ahora los cuervos son demasiado numerosos y voraces, teniendo en cuenta la insuficiencia del botín nacional. El partido, verdadero instrumento del poder en manos de la burguesía, fortalece el aparato del Estado y propicia el control del pueblo y su inmovilización. El partido ayuda al poder a contener al pueblo. Es, cada vez más, un instrumento de coerción y claramente antidemocrático. El partido es objetivamente, y a veces subjetivamente, el cómplice de la burguesía mercantil. De la misma forma que la burguesía nacional evita su fase de construcción para entregarse a la diversión, en el plano institucional se salta la fase parlamentaria y elige una dictadura de tipo nacionalsocialista. Ahora sabemos que ese fascismo fútil que ha triunfado durante medio siglo en América Latina es el resultado dialéctico del Estado semicolonial del periodo de la independencia.

En esos países pobres, subdesarrollados, donde, por regla general, la mayor riqueza se mezcla con la mayor miseria, el ejército y la policía conforman los pilares del régimen. Un ejército y una policía que -otra regla de la que habrá que acordarse- están aconsejados por expertos extranjeros. La fuerza de esa policía y el poder de ese ejército son proporcionales al marasmo en el que nada el resto de la nación. La burguesía nacional se vende cada vez más abiertamente a las grandes compañías extranjeras. A base de favores, el extranjero se lleva las concesiones, los escándalos se multiplican y los ministros se enriquecen. Sus mujeres se convierten en cortesanas, los diputados

se aprovechan y hasta el agente de policía o el de aduanas participa en esa gran comitiva de la corrupción.

La oposición se vuelve más agresiva y el pueblo caza al vuelo su propaganda con pocas palabras. La hostilidad para con la burguesía se hace patente. La joven burguesía, que parece afectada de senilidad precoz, no toma en cuenta los consejos que le dan y se muestra incapaz de comprender que le conviene disimular, por poco que sea, su explotación.

El periódico cristiano *La Semaine Africaine*, de Brazzaville, escribe a los príncipes del régimen:

Señores dirigentes y, ustedes, sus esposas, ahora su posición les permite comodidades, quizás una educación, una bonita mansión, amistades y múltiples misiones que les abren nuevos horizontes. Pero toda su riqueza les construye un caparazón que les impide ver la miseria que les rodea. Tengan cuidado.

Esta llamada de atención de la publicación, dirigida a los cómplices de Youlou<sup>19</sup>, no tiene, como puede adivinarse, nada de revolucionario. Lo que quiere decir *La Semaine Africaine* a los acaparadores del pueblo congolés es que Dios castigará su comportamiento: “Si en su corazón no hay espacio para los que están por debajo de ustedes, no habrá sitio para ustedes en la casa de Dios”.

Está claro que la burguesía nacional apenas se preocupa por esas acusaciones; apoyada por Europa, está completamente decidida a seguir aprovechándose de la situación. Los enormes beneficios que obtiene de la explotación del pueblo se exportan al extranjero. La

---

19 Fulbert Youlou fue el primer presidente de la República del Congo (1959-1963) y es considerado uno de los personajes más controvertidos del país. En sus inicios, sus conciudadanos le trataban como un hombre providencial, pero en 1963, después de haber conducido al país a la independencia tres años antes, decidió imponer el régimen de partido único y encarcelar a los líderes sindicales, lo que hizo estallar la revolución. Casi sin apoyos, tuvo que abandonar el poder y dejó tras de sí la imagen de un presidente excéntrico, autoritario y corrupto. [N. de la T.].

nueva burguesía nacional suele desconfiar más que las compañías extranjeras del régimen que ha instaurado. Se niega a invertir en suelo nacional y muestra una ingratitud flagrante con el Estado que la protege y la alimenta. En los mercados europeos adquiere valores bursátiles extranjeros y pasa el fin de semana en París o en Hamburgo. Por su comportamiento, la burguesía nacional de ciertos países subdesarrollados recuerda a los miembros de una banda que, después de cada atraco, ocultan su parte del botín a sus compinches y preparan la retirada con pericia. Este comportamiento revela que, de forma más o menos consciente, la burguesía nacional juega para perder a la larga y aunque intuye que esta situación no durará para siempre, quiere aprovecharla al máximo. Aun así, tal explotación y desconfianza hacia el Estado desencadenan inevitablemente el descontento de las masas y en estas condiciones el régimen se endurece. En esos momentos, el ejército se convierte en el apoyo indispensable de una represión sistematizada. A falta de un Parlamento, el ejército es el árbitro, pero tarde o temprano descubrirá su importancia y hará pesar sobre el Gobierno el continuo riesgo de un alzamiento.

Como vemos, la burguesía nacional de algunos países subdesarrollados no ha aprendido nada en los libros. Si hubiera observado mejor a los países de América Latina, habría identificado sin ninguna duda los peligros que la acechan. Así, pues, llegamos a la conclusión de que esta microburguesía que hace tanto ruido está condenada al fracaso. En los países subdesarrollados, la fase burguesa es imposible. Habrá, por supuesto, una dictadura policíaca y una casta de parásitos, pero la creación de una sociedad burguesa está destinada al fracaso. La escuela de aprovechados adecentados, que sacan los billetes de los fondos de un país pobre, será, tarde o temprano, una brizna de paja en manos del ejército, que está dirigido con pericia por expertos extranjeros. De esta forma, la antigua metrópoli pone en práctica el gobierno indirecto a través de los burgueses, a quienes



alimenta, y de un ejército nacional liderado por sus expertos, que frena, inmoviliza y aterroriza al pueblo.

Las observaciones que hemos podido llevar a cabo sobre la burguesía nacional nos conducen a una conclusión que no debería sorprender a nadie. En los países subdesarrollados, la burguesía no debe encontrar condiciones para su existencia y desarrollo. Dicho de otra forma, el esfuerzo conjugado de las masas afiliadas a un partido y de los intelectuales conscientes y armados de principios revolucionarios debe cerrar el camino a esta burguesía inútil y nociva.

La cuestión teórica que se plantea desde hace unos cincuenta años, cuando se aborda la historia de los países subdesarrollados, esto es, si puede saltarse o no la etapa burguesa, debe resolverse en el plano de la acción revolucionaria y no mediante un razonamiento. La fase burguesa en los países subdesarrollados solo se justificaría si la burguesía nacional fuera lo suficientemente poderosa económica y técnicamente como para construir una sociedad burguesa, crear las condiciones de desarrollo de un proletariado significativo e industrializar la agricultura o, en resumen, para posibilitar una auténtica cultura nacional.

Una burguesía como la que se ha desarrollado en Europa ha podido elaborar una ideología fortaleciendo su propio poder. Esta burguesía dinámica, instruida y laica, ha conseguido su objetivo de acumulación del capital y ha dado un mínimo de prosperidad a la nación. En los países subdesarrollados, hemos visto que no existe una verdadera burguesía, sino una especie de pequeña casta ambiciosa, ávida y voraz, dominada por una mentalidad de pequeño comerciante conformista con los beneficios que le asegura la antigua potencia colonial. Esta burguesía insignificante tiene pocas ideas e ingenio. Se acuerda de lo que ha leído en los manuales occidentales y se transforma, de forma casi imperceptible, no en una réplica de Europa, sino en su caricatura.

La lucha contra la burguesía de los países subdesarrollados está lejos de ser una posición teórica. No se trata de descifrar la condena que el juicio de la historia ha pronunciado ni de combatir a la burguesía nacional en los países subdesarrollados porque amenaza frenar el desarrollo global y armonioso de la nación; hay que oponerse frontalmente a ella porque, literalmente, no sirve para nada. Esta burguesía, con unas ganancias, unas actuaciones y un pensamiento mediocres, trata de ocultar esa mediocridad con construcciones de lujo a escala individual, con los cromados de los coches norteamericanos, con vacaciones en la Riviera Maya y con fines de semana en discotecas con luces de neón.

Esta burguesía, que se aleja cada vez más del pueblo en general, ni siquiera consigue arrancar privilegios espectaculares a Occidente, como inversiones provechosas para la economía del país o la creación de algún tipo de industria. Por el contrario, las fábricas de montaje se multiplican, consagrando así el modelo neocolonialista en el que se debate la economía nacional. No hace falta decir, pues, que la burguesía nacional retrasa la evolución del país, que le hace perder el tiempo o que se arriesga a conducir a la nación por callejones sin salida. De hecho, la fase burguesa en la historia de los países subdesarrollados es una etapa inútil. Cuando esa casta, devorada por sus propias contradicciones, sea aniquilada veremos que no ha pasado nada desde la independencia, que hay que volver a empezar, que hay que partir de cero. La reconversión no se llevará a cabo a nivel de las estructuras creadas por la burguesía durante su reinado, porque esa casta no ha hecho otra cosa que recoger intacta la herencia de la economía, del pensamiento y de las instituciones coloniales [...].

En los países subdesarrollados que consiguen la independencia existe, casi siempre, un pequeño número de intelectuales honestos, sin ideas políticas precisas que, instintivamente, desconfía de esa carrera por puestos y privilegios que es sintomática del futuro de la independencia en los países colonizados. La situación particular

de esos hombres -sustento de la familia numerosa- o de sus historias -experiencias difíciles, formación moral rigurosa- explica ese desprecio tan evidente por los espabilados y los aprovechados. Hay que saber utilizar a estos hombres en el combate decisivo que se quiere emprender para conseguir una orientación sana de la nación. Cerrar el paso a la burguesía nacional es, claramente, eliminar las peripecias dramáticas posteriores a la independencia, las desventuras de la unidad nacional, la degradación de las costumbres, el asedio de la corrupción al país, la regresión económica y, a corto plazo, un régimen antidemocrático basado en la fuerza y en la intimidación. Pero es escoger también el único medio de avanzar.

Lo que retrasa la decisión e intimida a los elementos profundamente democráticos y progresistas de la joven nación es la aparente solidez de la burguesía. En los países subdesarrollados recién independizados, en el seno de las ciudades construidas por el colonialismo proliferan todos los dirigentes. La ausencia de análisis de la población global lleva a los observadores a creer en la existencia de una burguesía poderosa y perfectamente organizada. De hecho -ahora lo sabemos- no existe una burguesía en los países subdesarrollados. Lo que hace a la burguesía no es el espíritu, el gusto o las maneras. ni siquiera la esperanza. La burguesía es, antes que nada, el producto directo de realidades económicas precisas.

Sin embargo, la realidad económica en las colonias es una realidad burguesa extranjera. A través de sus representantes, la burguesía metropolitana está presente en las ciudades coloniales. Antes de la independencia, la burguesía en las colonias es una burguesía occidental, la verdadera sucursal de la burguesía metropolitana que obtiene su legitimidad, su fuerza y su estabilidad de esa burguesía metropolitana. Durante la fase de agitación que precede a la independencia, algunos intelectuales y comerciantes autóctonos que se encuentran en el seno de esa burguesía importada tratan de identificarse con ella. Porque entre los intelectuales y los comerciantes

autóctonos existe una voluntad permanente de identificación con los representantes burgueses de la metrópoli.

Esta burguesía que ha adoptado sin reservas y con entusiasmo los mecanismos de pensamiento característicos de la metrópoli, que ha enajenado de una forma increíble su propio pensamiento y que ha fundamentado su conciencia en bases típicamente extranjeras, se dará cuenta, con angustia, de que le falta la condición indispensable que hace a una burguesía, es decir, el dinero. La burguesía de los países subdesarrollados es una burguesía de pensamiento: ni su poder económico ni el dinamismo de sus dirigentes ni la envergadura de sus ideas le aseguran la cualidad de burguesía. En sus inicios y durante mucho tiempo es una burguesía de funcionarios y los puestos que ocupa en la nueva administración nacional le darán serenidad y solidez. Si el poder le deja tiempo y posibilidades, esa burguesía llegará a hacerse con una hucha que fortalecerá su dominio, pero siempre se mostrará incapaz de crear una auténtica sociedad burguesa con todas las consecuencias económicas e industriales que esto supone.

Desde un principio, la burguesía nacional se inclina por actividades de tipo intermediario. La base de su poder reside en su sentido del comercio y del pequeño negocio y en su aptitud para hacerse con todas las comisiones. No es su dinero lo que funciona, sino su sentido de los negocios. No invierte y no puede llevar a cabo esa acumulación del capital necesario para la eclosión y la realización de una burguesía auténtica. A este ritmo, harían falta siglos para poner en marcha un embrión de industrialización. En todo caso, se encontrará con la oposición implacable de la antigua metrópoli que, en el marco de los tratados neocolonialistas, habrá tomado precauciones.

Si el poder quiere sacar al país del estancamiento y conducirlo a pasos agigantados hacia el desarrollo y el progreso, lo primero que tiene que hacer es nacionalizar el sector terciario. La burguesía que quiere que triunfen el espíritu de lucro y de diversión, sus actitudes

despreciables con la masa y el lado inmoral de los beneficios -o del robo, mejor dicho- evidentemente invierte de forma masiva en este sector. La joven burguesía nacional invadirá el sector terciario, dominado antes por los colonos. En una economía colonial, este sector es, de lejos, el más importante. Si se quiere avanzar, hay que decidir nacionalizar este sector durante las primeras horas. Pero está claro que esta nacionalización no debe parecerse a una estatización rígida. No se trata de situar a la cabeza de los servicios a ciudadanos sin formación política. Cada vez que se ha adoptado este procedimiento se ha demostrado que el poder había contribuido claramente al triunfo de una dictadura de funcionarios formados por la antigua metrópoli, que enseguida se mostraban incapaces de pensar en el conjunto de la nación. Esos funcionarios empiezan enseguida a sabotear la economía nacional y a derribar los organismos y la corrupción, haciendo que la prevaricación, la malversación de existencias y el mercado negro se instalen. Nacionalizar el sector terciario significa organizar democráticamente las cooperativas de compra y venta; se trata de descentralizar esas cooperativas haciendo que las masas se interesen por la gestión de los asuntos públicos [...].

La casta burguesa de los países recién independizados todavía no tiene ni el cinismo ni la serenidad que se basan en el poder de las viejas burguesías. De ahí una cierta preocupación por esconder sus convicciones profundas, por dar una falsa impresión o, en pocas palabras, por mostrarse del lado del pueblo. La politización de las masas no es la movilización tres o cuatro veces al año de decenas o centenares de miles de hombres y mujeres. Esos mítines, esas asambleas espectaculares se parecen a la vieja táctica previa a la independencia en la que se exhibían las propias fuerzas para demostrarse a sí mismo y a los demás que se contaba con el apoyo popular. La politización de las masas no se propone infantilizar a las masas, sino hacerlas adultas.

Esto nos lleva a plantearnos el rol del partido político en un país subdesarrollado. En las páginas anteriores hemos visto con mucha frecuencia cómo mentes simplistas, que pertenecen a la naciente burguesía, no dejan de repetir que en un país subdesarrollado la dirección de los asuntos por parte de un poder fuerte, incluso de una dictadura, es una necesidad. Desde esta perspectiva se encomienda al partido la misión de vigilancia de las masas. El partido suplente a la administración y a la policía y controla a las masas, no para asegurarse su participación real en los asuntos de la nación, sino para recordarles constantemente que el poder espera de ellas obediencia y disciplina.

Esta dictadura, que cree estar respaldada por la historia y ser indispensable después de la independencia, en realidad simboliza la decisión de la casta burguesa de dirigir el país subdesarrollado primero con el apoyo del pueblo, pero luego contra él. La transformación progresiva del partido en un servicio de información indica que el poder se pone cada vez más a la defensiva. La informe masa popular se percibe como la fuerza ciega que hay que mantener bajo un control constante, ya sea por el engaño o por el miedo que le inspiran las fuerzas de la policía. El partido sirve de barómetro, de servicio de información. Se transforma al militante en delator; se le confían misiones punitivas en los pueblos. Los embriones de partidos de oposición se liquidan a bastonazos y a pedradas. Los candidatos de la oposición ven sus casas incendiadas. La policía multiplica las provocaciones. En esas condiciones es obvio que el partido es único y que el 99,99 % de los votos le corresponden al candidato gubernamental. Hay que decir que en África un cierto número de gobiernos se comportan de acuerdo con este modelo. Todos los partidos de oposición -generalmente progresistas- que trabajaban por una mayor influencia de las masas en la gestión de los asuntos públicos y que deseaban meter en vereda a la burguesía

altiva y negociante han sido condenados, a fuerza de golpes y de prisión, al silencio y, después, a la clandestinidad.

En muchas regiones africanas, ahora independientes, el partido político ha sufrido una inflación terriblemente grave. Delante de un miembro del partido el pueblo se calla, como un corderito y elogia al Gobierno y al líder. Pero en la calle, por la noche, lejos del pueblo, en el café o junto al río, se oye esa amarga decepción del pueblo, esa desesperanza, pero también esa cólera contenida. En vez de fomentar que el pueblo exponga sus quejas y en vez de asumir como misión fundamental la libre circulación de las ideas de la gente hacia la clase dirigente, el partido forma una pantalla y lo impide. Los líderes del partido se comportan como vulgares asistentes y recuerdan constantemente al pueblo que hay que guardar “silencio en las filas”. Ese partido que afirmaba ser el servidor del pueblo y que pretendía trabajar para conseguir el desarrollo del mismo, desde que el poder colonial le entregó el país se apresura a mandar de nuevo al pueblo a su caverna. En el plano de la unidad nacional, el partido también multiplicará sus errores. Es así como el partido llamado “nacional” se comporta como un partido étnico. Es una verdadera tribu constituida en partido. Este partido que se proclama nacional, que afirma hablar en nombre de todo el pueblo, organiza en secreto -y algunas veces en abierto- una auténtica dictadura étnica. Ya no asistimos a una dictadura burguesa, sino a una dictadura tribal. Los ministros, los jefes de gabinete, los embajadores y los prefectos son escogidos de entre los miembros de la tribu del líder y, algunas veces, incluso directamente de entre los de su familia. Esos regímenes de tipo familiar parecen retomar las viejas leyes de la endogamia y no nos hacen sentir cólera, sino vergüenza frente a ese disparate, esa impostura y esa miseria intelectual y espiritual. Esos jefes de gobierno son los verdaderos traidores de África, ya que la venden al más terrible de sus enemigos: la estupidez. Como es de suponer, esa tribalización del poder lleva al pensamiento regionalista:

el separatismo. Las tendencias descentralizadoras surgen y triunfan, la nación se desintegra, se desmiembra. El líder que gritaba “unidad africana” y que pensaba en su pequeña familia se despierta un buen día con cinco tribus que también quieren tener sus embajadores y sus ministros; e irresponsable, inconsciente y miserable, como siempre, denuncia “la traición”.

Hemos señalado, una y otra vez, el casi siempre nefasto papel del líder. En algunas regiones el partido se organiza como una banda en la que el personaje más duro asume el mando. Se habla de la ascendencia del líder, de su fuerza y nadie duda en afirmar, con un tono cómplice y de leve admiración, que hace temblar a sus colaboradores más cercanos. Con el fin de evitar todas esas dificultades hay que luchar con tenacidad para que el partido no se convierta en un instrumento dócil en manos de un líder.

“Líder” procede del verbo inglés que significa “conducir”. El conductor del pueblo ya no existe. Los pueblos ya no son rebaños y no necesitan que les conduzcan. Si el líder me conduce, quiero que sepa que, al mismo tiempo, yo también le conduzco. La nación no debe ser un asunto dirigido por un manitú. Así se entiende el pánico que se apodera de las esferas dirigentes cada vez que uno de sus líderes enferma. Les obsesiona el problema de la sucesión. ¿Qué pasará con el país si desaparece el líder? Las esferas dirigentes que han cedido ante el líder, irresponsables, inconscientes y preocupadas principalmente por la buena vida que llevan, los cócteles organizados, los viajes pagados y la rentabilidad de sus artimañas, descubren, de vez en cuando, el vacío espiritual en el corazón de la nación.

Un país que realmente quiere responder a las preguntas que le plantea la historia y que quiere desarrollar sus ciudades y el cerebro de sus habitantes debe tener un verdadero partido. El partido no es un instrumento en manos del Gobierno; al contrario, el partido es un instrumento en manos del pueblo. Este es el que determina la política que el gobierno aplica. El partido no es ni debe ser nunca



el único despacho político donde se encuentran a sus anchas todos los miembros del Gobierno y los grandes dignatarios del régimen. Por desgracia, demasiado a menudo el despacho político conforma todo el partido y sus miembros residen de forma permanente en la capital. En un país subdesarrollado, los miembros que dirigen el partido tienen que huir de la capital como de la peste y deben residir, a excepción de unos cuantos, en las regiones rurales. Hay que evitar centralizarlo todo en la gran ciudad. Ninguna excusa de tipo administrativo puede legitimar esa efervescencia en una capital ya sobrepoblada y sobredesarrollada en relación con el 90 % del territorio. El partido debe descentralizarse al máximo, pues es la única manera de activar las regiones muertas, las regiones que todavía no están despiertas ni activas [...].

En un país subdesarrollado, la puesta en marcha de direcciones regionales dinámicas detiene el proceso de crecimiento macrocefálico de las ciudades, la avalancha incoherente de masas rurales hacia las urbes. La implantación, desde los primeros días de la independencia, de direcciones regionales con plena competencia en una región para despertarla, avivarla y acelerar la toma de conciencia de los ciudadanos, es una necesidad a la que no tendría que renunciar un país que quiere avanzar. De lo contrario, los responsables del partido y los dignatarios del régimen se amontonarán en torno al líder.

Las administraciones crecen, no porque se desarrollen y se diferencien, sino porque nuevos familiares y nuevos militantes esperan una plaza para infiltrarse en el engranaje. Y el sueño de todo ciudadano es llegar a la capital, tener su trozo del pastel. Las aldeas quedan desiertas; las masas rurales, sin control, sin educación y sin protección, se alejan de una tierra mal trabajada y se dirigen hacia las periferias de las ciudades, inflando las clases más desfavorecidas de una forma desmesurada.

La hora de una nueva crisis nacional no está lejos. Nosotros pensamos que las regiones interiores deberían tener ciertos privilegios. En

última instancia, no habría ningún inconveniente en que el gobierno tuviera su sede en otro lugar que no fuera la capital. Hay que desacralizar y mostrar a las masas desheredadas que se trabaja para ellas [...] No, ningún motivo importante puede oponerse a la elección de otra capital, al traslado del conjunto del gobierno hacia alguna de las regiones más necesitadas. La capital de los países subdesarrollados es una noción comercial heredada del periodo colonial. Sin embargo, en estos mismos países debemos multiplicar los contactos con las masas rurales y llevar a cabo una política nacional, es decir, ante todo, una política para las masas. No debemos perder nunca el contacto con el pueblo que ha luchado por su independencia y por una mejora real de su existencia [...] De hecho, la experiencia demuestra que las masas comprenden perfectamente los problemas más complejos [...] Un hombre aislado puede mostrarse refractario a la comprensión de un problema, pero el grupo, el pueblo, lo entiende con una rapidez desconcertante. Es verdad que si se toma la precaución de utilizar un lenguaje comprensible solo para los licenciados en derecho o en ciencias económicas, se demostrará fácilmente que hay que dirigir a las masas. Pero si se habla con un lenguaje concreto, si uno no se obsesiona con la voluntad perversa de crear confusión y de deshacerse del pueblo, entonces nos daremos cuenta de que las masas captan todos los matices, todas las astucias [...].

Si pensamos que se puede dirigir perfectamente un país sin que el pueblo se inmiscuya, si pensamos que el pueblo obstaculiza el juego tan solo con su presencia, ya sea porque lo retrasa o porque por su inconsciencia natural lo sabotea, no debe haber ninguna duda: hay que apartar al pueblo. Pero resulta que cuando se invita al pueblo a dirigir el país no retrasa el movimiento, sino que lo acelera.

[...] De hecho, el tiempo invertido en explicar, el tiempo “perdido” en humanizar al trabajador, se recuperará en la ejecución. La gente debe saber hacia dónde va y por qué. El político debe ser consciente de que el futuro seguirá bloqueado mientras la conciencia

del pueblo sea rudimentaria, primaria y opaca. Nosotros, los políticos africanos, debemos tener las ideas muy claras sobre la situación de nuestro pueblo [...].

El Gobierno nacional, si quiere ser nacional, debe gobernar por el pueblo y para el pueblo, por los desheredados y para los desheredados. Sea cual sea su mérito, ningún líder puede cambiar la voluntad popular ni el gobierno nacional. Antes de preocuparse por el prestigio internacional, debe devolver la dignidad a cada ciudadano, enriquecer las mentes, llenar los ojos de cosas humanas y desarrollar un panorama humano habitado por personas conscientes y soberanas.

## RACISMO Y CULTURA<sup>20</sup>

Texto de la intervención de Frantz Fanon en el Primer Congreso de Escritores y Artistas Negros. París, septiembre de 1956. Publicado en el número especial de la revista *Présence africaine*, junio noviembre de 1956

[...] Estudiar las relaciones del racismo y de la cultura significa preguntarse por su acción recíproca: si la cultura es el conjunto de comportamientos motores y mentales nacida del encuentro del ser humano con la naturaleza y con el prójimo, habrá que decir que el racismo es, sin lugar a dudas, un elemento cultural. Por lo tanto, hay culturas con racismo y otras sin racismo.

Sin embargo, este elemento cultural en particular no se ha enquistado. El racismo no ha podido atrofiarse. Ha tenido que renovarse, matizarse, cambiar de fisonomía... Ha tenido que soportar el destino de la cultura que le daba forma [...].

El recuerdo del nazismo, la miseria común de seres humanos diferentes, el sometimiento común de importantes grupos sociales; la aparición de “colonias europeas”, es decir, la institución de un régimen colonial en plena Europa; la toma de conciencia de los trabajadores de los países colonizadores y racistas, la evolución de las técnicas... Todo esto ha modificado profundamente la apariencia del problema.

Tenemos que buscar, a nivel cultural, las consecuencias del racismo.

El racismo tan solo es una parte de un conjunto más amplio: el de la opresión sistematizada de un pueblo [...].

---

20 Texto extraído de *Frantz Fanon, Œuvres*, op. cit., pp. 713726. [N. del E.]

Asistimos a la destrucción de los valores culturales y de los modos de vida. Se desvalorizan la lengua, la vestimenta y las técnicas [...].

Para ello hay que romper sus sistemas de referencia. La expropiación, la privación, la razia y el asesinato objetivo se añaden a la ruptura de los marcos culturales o, por lo menos, influyen en esta cultura. El panorama social acaba desestructurado y los valores ridiculizados, aplastados y aniquilados.

Las ideas iniciales, derribadas, ya no sirven para poner orden. Delante, un nuevo conjunto, impuesto, no propuesto pero sí afirmado, hace valer todo su poder en cañones y sables.

Sin embargo, la implantación del régimen colonial no conlleva la muerte de la cultura autóctona, sino al contrario: a partir de la observación histórica se concluye que el objetivo es más bien una agonía continuada y no una desaparición total de la cultura preexistente. Esta cultura, que en otros tiempos estuvo viva y abierta al futuro, se cierra, maniatada a la situación colonial, víctima del yugo de la opresión. Presente a la vez que momificada, se vuelve en contra de sus miembros y los delimita de modo irrevocable. La momificación cultural lleva a una momificación del pensamiento individual. La apatía -tan denunciada a nivel mundial- de los pueblos coloniales no es más que la consecuencia lógica de esta operación. El reproche de la inercia constantemente dirigido al “indígena” es el colmo de la mala fe. Como si un hombre pudiera evolucionar de alguna otra forma que en el marco de una cultura que le reconoce y que él decide aceptar.

Así es como asistimos a la implantación de organismos arcaicos e inertes, que funcionan bajo la vigilancia del opresor y que son un calco grotesco de las instituciones que fueron productivas en el pasado [...]

El grupo social, oprimido militar y económicamente, se deshumaniza a partir de un método pluridimensional.

Explotación, torturas, persecuciones, racismo, liquidaciones colectivas y opresión racional se suceden a diferentes niveles para, literalmente, convertir al autóctono en un objeto en manos de la nación ocupante.

A este hombre objeto, sin medios de existencia, sin razón de ser, se le despedaza hasta lo más profundo de su esencia. El deseo de vivir, de continuar, se vuelve cada vez más confuso, cada vez más fantasmal. En este estadio aparece el famoso complejo de culpabilidad [...]

Aun así, de manera progresiva, la evolución de las técnicas de producción, la industrialización, aunque limitada de los países oprimidos, y la existencia cada vez más necesaria de colaboradores exigen al ocupante una nueva actitud. La complejidad de los medios de producción y la evolución de los informes económicos provocan, lo quieran o no, la evolución de las ideologías, que desequilibran el sistema. El racismo vulgar en su forma biológica coincide con el periodo de explotación brutal del ser humano. La perfección de los medios de producción provoca inevitablemente el camuflaje de las técnicas de explotación del hombre y, con ello, de las formas del racismo.

Así pues, hasta que no se produce una evolución del pensamiento el racismo no pierde su virulencia. No hay ninguna revolución interior que diga que el racismo está obligado a matizarse ni a evolucionar, pero en todas partes los hombres se liberan del letargo al que la opresión y el racismo les habían condenado.

En pleno centro de las “naciones civilizadoras”, los trabajadores descubren al fin que la explotación del hombre, base de un sistema, adopta muchas caras. En este estadio el racismo ya no se atreve a mostrarse abiertamente; se cuestiona a sí mismo. El racista se esconde cada vez más. Quien antes afirmaba “percibirlos”, “descubrirlos”, ahora se siente criticado, observado, juzgado. El proyecto del racista es entonces un proyecto perseguido por la mala conciencia.

El remedio solo puede venir de una relación pasional, como la que vemos en ciertas psicosis [...].

Esta fase pasional, irracional e injustificada, muestra, al examinarla de cerca, un rostro aterrador. La circulación de grupos y la liberación, en algunas partes del mundo, de personas que antes habían sido infravaloradas hacen que el equilibrio sea cada vez más precario. Sorprendentemente, el grupo racista denuncia la aparición de racismo en los oprimidos. El “primitivismo intelectual” del periodo de explotación es reemplazado por el “fanatismo medieval, incluso prehistórico” del periodo de liberación [...].

El interés de esta evolución está en que el racismo se percibe como un tema de meditación, algunas veces incluso como una técnica publicitaria.

Así es como se presenta el *blues*, “el lamento de los esclavos negros”, para que el opresor lo admire. Es una forma de opresión idealizada que retorna al explotador y al racista. Sin opresión y sin racismo no hay *blues*. El fin del racismo marcará, a su vez, el fin de la gran música negra...

[...] Hay que acabar con la costumbre de considerar el racismo como una disposición de la mente, como una tara psicológica.

¿Pero cómo se comportan el hombre objeto del racismo y el grupo social oprimido, explotado, desustancializado? ¿Cuáles son sus mecanismos de defensa? ¿Qué actitudes descubrimos en estos casos?

En una primera fase, vemos que el ocupante legitima su dominación mediante argumentos científicos, la “raza inferior” es negada en cuanto raza. Como no se le ha dejado otra opción, el grupo social racializado intenta imitar al opresor para, así, “desracializarse”. La “raza inferior” es negada como raza diferente, aunque comparte con la “raza superior” las convicciones, las doctrinas y otras características [...].

Lógicamente, no se puede oprimir a los seres humanos sin infravalorarlos de todas las formas posibles. Y el racismo tan solo es

la explicación emocional, afectiva y, algunas veces, intelectual de esta infravaloración.

En una cultura racista, el racista es normal. La adecuación de las relaciones económicas e ideológicas le funciona a la perfección. La idea que uno se hace del ser humano no depende totalmente de las relaciones económicas, es decir, no lo olvidemos, de las relaciones existentes histórica y geográficamente entre las personas y los grupos. Miembros cada vez más numerosos de sociedades racistas toman partido; ponen su vida al servicio de un mundo donde el racismo es imposible. Pero no todos son capaces de ese retroceso, esa abstracción y ese compromiso solemne. No podemos exigir, sin tener en cuenta las consecuencias, que un hombre vaya en contra de los “prejuicios de su grupo”.

Repitémoslo: cualquier grupo colonialista es racista.

“Aculturado” y “deculturado”, a la vez, el oprimido se sigue dando de bruces contra el racismo y considera ilógica esta consecuencia. Piensa que todo lo que ha vivido es inexplicable, ilógico, inexacto. Sus conocimientos, la apropiación de técnicas precisas y complejas, y su superioridad intelectual algunas veces respecto a muchos racistas lo llevan a calificar al mundo racista de pasional. Se da cuenta de que la atmósfera racista impregna todos los elementos de la vida social. El sentimiento de una injusticia irrefutable es entonces muy fuerte. Olvidando el racismo consecuencia, se ensaña con el racismo causa. Lanza campañas de desintoxicación. Apela al sentido de la humanidad, al amor, al respeto de los valores supremos...

De hecho, el racismo obedece a una lógica sin fisuras. Un país que vive y encuentra su razón de ser en la explotación de pueblos diferentes, infravalora a esos pueblos. El racismo aplicado a estos pueblos es normal.

Por lo tanto, el racismo no es una constante de la conciencia humana.



Es, como hemos visto, una disposición inscrita en un sistema determinado. Y el racismo judío no difiere del racismo negro. Una sociedad es racista o no lo es. No hay grado de racismo. No se debe decir que tal país es racista, pero que no hay linchamientos ni tiene campos de exterminio [...].

Al descubrir la inutilidad de su alienación y la profundidad de su expolio, el infravalorado, después de esa fase de deculturación, de extranjerización, recupera su posición original.

El infravalorado se acoge con vehemencia a esta cultura, abandonada, dejada, rechazada, despreciada. Existe una pugna bien clara que psicológicamente se asemeja al deseo de ser perdonado.

Sin embargo, detrás de este análisis simplificador se encuentra la intuición por parte del infravalorado de una verdad aparecida de forma espontánea. Ese relato psicológico desemboca en la historia y la verdad.

Puesto que el infravalorado encuentra un estilo antes desvalorizado, asistimos a una cultura de la cultura. Una caricatura así de la existencia cultural significaría que la cultura se vive, pero no se divide. No puede fragmentarse.

Aun así, el oprimido se maravilla con cada descubrimiento. La admiración es permanente. Si en el pasado se alejó de su propia cultura, ahora la explora con furor. Se trata, pues, de esponsales continuos. El antiguo infravalorado está ahora en estado de gracia.

Ahora bien, una dominación no se padece impunemente. La cultura del pueblo sometido acaba estancada y agonizante. No hay movimientos vitales. Más concretamente, la única vida que existe se disimula. La población, que normalmente asume algunas vivencias, que mantiene a las instituciones en un cierto dinamismo, es una población anónima. En el régimen colonial, estos son los tradicionalistas.

El antiguo emigrado, con su repentino comportamiento ambiguo, provoca el escándalo. Se opone al anonimato del tradicionalista con un exhibicionismo vehemente y agresivo.

El estado de gracia y la agresividad son dos constantes en este estadio. La agresividad es el mecanismo pasional que permite escapar de las garras de la paradoja [...].

La cultura local, que desde la dominación extranjera ha permanecido encapsulada, vegetativa, es de nuevo valorada. No es tanto que se replantee y se dinamice desde el interior. Es una proclamación a los cuatro vientos. Y esta revalorización global, desestructurada y explícita, incluye actitudes paradójicas.

En ese momento se alude al carácter incorregible de los infravalorados: los médicos árabes duermen en el suelo, escupen en cualquier lugar... Los intelectuales negros consultan al brujo antes de tomar una decisión, etc.

Los intelectuales “colaboradores” intentan justificar su nueva actitud. Las costumbres, las tradiciones y las creencias, que en otro tiempo se negaron y se pasaron por alto, ahora se valoran y se afirman con ímpetu.

La tradición ya no es objeto de burlas, el pueblo ya no la rehúye. Se recobra el sentido del pasado, el culto a los ancestros...

El pasado, que a partir de ese momento se convierte en una constelación de valores, se identifica con la verdad.

Este redescubrimiento, esta valorización absoluta de apariencia casi irreal objetivamente indefendible, tiene una importancia subjetiva incomparable. Después de estos esponsales apasionados, el autóctono habrá decidido, con “conocimiento de causa”, luchar contra todas las formas de explotación y de alienación del hombre. Por el contrario, en el mismo momento, el ocupante multiplica las invitaciones a la asimilación y después a la integración y al sentimiento de la comunidad [...].

La lucha del infravalorado se sitúa en un nivel claramente más humano. Las perspectivas son totalmente nuevas. Es la oposición clásica de las luchas de conquista y de liberación.

Durante la lucha, la nación dominante intenta repetir los argumentos racistas, pero la elaboración del racismo se muestra cada vez más ineficaz. Se habla de fanatismo, de actitudes primitivas frente a la muerte, pero, de nuevo, el mecanismo, una vez derribado, ya no responde. Los antiguos inmovilistas, los cobardes constitucionales, los temerosos y los infravalorados de siempre se apoyan entre ellos y se alzan fortalecidos.

El ocupante no entiende nada.

El fin del racismo empieza con una incomprensión repentina.

La cultura espasmódica y rígida del ocupante, ahora liberada, se abre al fin a la cultura del pueblo que, realmente, se ha convertido en hermano. Así, las dos culturas pueden oponerse, enriquecerse.

En conclusión, la universalidad reside en esta decisión de asumir el relativismo recíproco de culturas diferentes, una vez ya excluido el estatus colonial de forma irreversible.

# ARGELIA CONTRA LOS TORTURADORES FRANCESES<sup>21</sup>

Texto de Frantz Fanon publicado  
en el periódico argelino *El Moudjahid* n.º 10, septiembre de 1957

Desde hace tres años, la revolución argelina, gracias a la inspiración profundamente humana que la motiva y a su culto apasionado a la libertad, procede a la destrucción metódica de un determinado número de engaños.

La revolución argelina devuelve los derechos a la existencia nacional. Además, es testimonio de la voluntad del pueblo. Sin embargo, el interés y el valor de la Revolución residen en el mensaje del que es portadora.

Las prácticas tan espantosas que tuvieron lugar el 1 de noviembre de 1954 sorprenden, sobre todo, por su generalización... En realidad, la actitud de las tropas francesas en Argelia se sitúa en una estructura de dominación policial, de racismo sistemático y de deshumanización llevados a cabo de manera racional. La tortura es inherente al conjunto colonialista.

Al perseguir la liberación del territorio nacional, la revolución argelina pretende no solo acabar con todos estos hechos, sino también la elaboración de una sociedad nueva. La independencia de Argelia significa el fin del colonialismo y la desaparición, en esta parte del mundo, de un germen de gangrena y de una fuente de epidemia.

---

21 Texto extraído de Frantz Fanon, *Œuvres*, pp. 745-752. [N. del E.].

La liberación del territorio nacional argelino es un fracaso para el racismo y para la explotación humana e inaugura el reinado incondicional de la justicia.

### LA VERDADERA CONTRADICCIÓN

Normalmente, las guerras de liberación nacional ponen de manifiesto las contradicciones internas de los países colonialistas. La guerra franco argelina, aunque se dio en un contexto histórico caracterizado por la eclosión simultánea y sucesiva de movimientos de liberación nacional, presenta particularidades propias. Colonia de poblamiento declarada territorio metropolitano, Argelia ha vivido bajo una dominación policial y militar sin precedentes en un país colonial. Esto se explica, en primer lugar, por el hecho de que Argelia no ha dejado prácticamente las armas desde 1830. Pero, sobre todo, porque Francia sabe la importancia que tiene Argelia en su dispositivo colonial y lo único que puede explicar su obstinación y sus incalculables esfuerzos es la certeza de que la independencia de dicho país conllevaría, a corto plazo, el hundimiento de su imperio.

Argelia, situada a las puertas de Francia, permite al mundo occidental ver al detalle y a cámara lenta las contradicciones de la situación colonial.

El llamamiento al contingente francés, la movilización de distintas clases, la retirada de oficiales y suboficiales, las invitaciones al sacrificio lanzadas al pueblo con periodicidad, los impuestos y el bloqueo de los sueldos han llevado al conjunto de la nación francesa a esta guerra de reconquista colonial.

El entusiasmo generalizado, y algunas veces verdaderamente sanginario, que marcó la participación de los obreros y los campesinos franceses en la guerra contra el pueblo argelino hizo tambalear los

fundamentos de la tesis que sostenía que un país real se opondría al país legal.

Según una frase significativa de uno de los presidentes del Consejo francés, la nación francesa se identifica con su ejército, que lucha en Argelia.

En la guerra de Argelia ponen su empeño todos los franceses y las pocas críticas que hasta ese momento habían expresado algunos individualistas mencionan solo ciertos métodos que “precipitan la pérdida de Argelia”. Sin embargo, la reconquista colonial en su esencia, la expedición armada y la tentativa de oprimir la libertad de un pueblo no se condenan.

#### LA TORTURA, NECESIDAD FUNDAMENTAL DEL MUNDO COLONIAL

Desde hace un tiempo se habla mucho de las torturas de los soldados franceses a los patriotas argelinos. Se han publicado multitud de textos precisos y espantosos. Se han hecho comparaciones históricas. Personalidades extranjeras, entre las que se encuentran franceses, han condenado estas prácticas.

Los franceses que se rebelaron contra la tortura o lamentaron su prolongación recuerdan, sin duda, a esas “bellas almas” de las que hablaba un filósofo, y la denominación de “intelectuales cansados” que les dieron sus compatriotas Lacoste y Lejeune<sup>22</sup> es muy

---

22 Robert Lacoste fue un político socialista francés que en 1956 se convirtió en ministro residente y gobernador general de Argelia, cargos que conservó hasta mayo de 1958. Fue partidario de la continuación de Argelia en la República francesa y, por lo tanto, contrario a su independencia, así como uno de los principales adversarios del FLN. Por su parte, Max Lejeune fue un político francés que ocupó los cargos de diputado y de senador en Francia. Durante la guerra de Argelia, se mostró contrario a su independencia y defendió la política llevada a cabo por el ejército en dicho país. Además, fue el responsable de la inspección del avión que

pertinente. No se puede querer mantener la dominación francesa en Argelia y condenar los medios de ese mantenimiento a la vez.

La tortura en Argelia no es un accidente, un error o un fallo. El colonialismo no se entiende sin la posibilidad de torturar, de violar o de masacrar.

La tortura es una modalidad de las relaciones ocupante ocupado.

Los policías franceses, que fueron los únicos que durante un largo tiempo practicaron esas torturas, lo saben. Siempre han considerado que la necesidad de legitimar las torturas es un escándalo y una paradoja.

#### LA TORTURA, ESTILO DE VIDA

Falta mencionar que en el sistema hay accidentes y averías. Su análisis tiene una gran importancia.

Durante el primer trimestre de 1956, se dieron a conocer un gran número de casos de policías que se encontraban al límite de la locura.

Los problemas que tenían en el seno familiar -amenazas de muerte dirigidas a sus mujeres, malos tratos hacia sus hijos, insomnio, pesadillas, amenazas de suicidio continuas<sup>23</sup>- y los fallos profesionales de los que se les culpó -altercados con los compañeros, laxitud en el servicio, falta de energía, actitudes irrespetuosas con sus jefes- requirieron, en repetidas ocasiones, cuidados médicos, asignaciones a otros servicios o, más a menudo, el traslado a Francia.

---

transportaba a los dirigentes del FLN a Túnez y uno de los principales protagonistas de la Expedición de Suez. [N. de la T.].

23 Se cree que un policía francés se suicidó en 1956 en la región argelina de Constantina. [N. del E.].

La múltiple aparición de organismos revolucionarios dinámicos, las reacciones fulminantes de nuestros fedayines<sup>24</sup> y el establecimiento del Frente de Liberación Nacional (FLN) en todo el territorio, puso a los policías franceses ante situaciones insuperables. El sinvivir permanente al que el FLN les condenó parecía explicar la irritabilidad de los policías.

Pero rápidamente estos dieron explicaciones. Pegaban a sus hijos con brutalidad porque creían estar todavía con argelinos. Amenazaban a sus mujeres porque “durante todo el día amenazo y ejecuto”. No dormían porque oían los gritos y las lamentaciones de sus víctimas.

Evidentemente, hechos así conllevaban ciertos problemas. ¿Nos encontramos ante hombres torturados por los remordimientos? ¿Se trata de una rebelión de la conciencia moral? ¿Las torturas reconocidas por estos policías son excepciones? ¿La existencia de estos policías al límite de lo patológico indica el carácter inusual, insólito o, en resumen, completamente ilegal de la tortura? Dicho de otra manera, ¿el policía torturador se contradice con los “valores” de su grupo y del sistema que defiende? Después de haber negado la existencia de torturas en Argelia, los franceses han utilizado un doble argumento.

Primero, tal como se ha afirmado, se trata de casos excepcionales.

La mayor renuncia de los intelectuales franceses ha sido tolerar esta mentira. El Gobierno francés afirma que se interpondrán sanciones, pero no debemos hacerlas públicas. Como si la tortura de un ser humano o la masacre organizada no fuesen una muestra del derecho criminal público. La pasión por la verdad y la justicia no pueden aceptar tal engaño sin ponerse en entredicho.

---

24 Nombre con el que se designaba a los argelinos que se alistaron en el Frente de Liberación Nacional o en cualquier otro grupo clandestino de lucha independentista. [N. de la T.].



A pesar de que los testimonios aumentaban cada vez más y de que las torturas se convirtieron en hechos cada vez menos excepcionales, los sectores extranjeros que servían al Ejército francés se deshicieron de toda responsabilidad. Este segundo argumento es importante, pues muestra, a la vez, el cinismo de las autoridades francesas y la imposibilidad creciente de actuar con astucia, de disimular, de mentir. Los franceses no dejan de repetir que los únicos responsables de las torturas son antiguos SS, que servían en la Legión. Sin embargo, la mayoría de desertores del Ejército francés son legionarios extranjeros. Los alemanes y los italianos abandonan las filas enemigas y se unen a las secciones del Ejército de Liberación Nacional (ALN, por sus siglas en francés) porque los métodos policiales franceses les indignan. A una gran cantidad de ellos les interrogamos antes de que los repatriasen. Estos antiguos legionarios son unánimes: la crueldad y el sadismo de las fuerzas francesas son horribles.

En cualquier caso, lo importante es no olvidar que la aparición de soldados torturadores se remonta al invierno de 1955. Durante cerca de un año solo los policías torturaron en Argelia.

Hoy en día conocemos, con precisión, los métodos que emplearon los franceses. Se han publicado multitud de testimonios y se ha inventariado una gran gama de técnicas. Sin embargo, no se ha dado ningún dato sobre la doctrina, sobre la filosofía de la tortura. Algunas informaciones conseguidas por el FLN aclaran, de forma singular, esta racionalización.

### LOFREDO Y PODEVIN, TEÓRICOS DE LA TORTURA

Los policías franceses Lofredo -comisario en Argel- y Podevin -jefe de la policía judicial de Blida- detallaron a sus amigos algunas de las

características de sus métodos y los expusieron en informes técnicos para sus nuevos colaboradores:

1. Varios testimonios e informes con indicadores convergentes señalan a un argelino que desempeña un papel importante en la organización local del FLN. El patriota es arrestado y llevado a las dependencias de la policía judicial. No le hacen ninguna pregunta porque, en el momento de la investigación, “no sabemos la dirección que debe tomar el interrogatorio y el sospechoso no debe darse cuenta de nuestra ignorancia”. La mejor manera de hacerlo es anular su resistencia utilizando el llamado método “a partir del ejemplo”. Algunos *jeeps* se marchan de las dependencias y se llevan a una decena de argelinos cogidos al azar en la calle o, más a menudo, en un *duar*<sup>25</sup> próximo. A la policía solo le interesa el sospechoso, en cuya presencia torturarán hasta la muerte a todos estos hombres, uno detrás del otro. Se estima que el verdadero interrogatorio puede empezar tras cinco o seis asesinatos.
2. El segundo método consiste en torturar primero al interesado. Se necesitan varias sesiones para acabar con su energía. No se le pregunta nada al sospechoso. El inspector Podevin, que ha utilizado este método durante mucho tiempo en Blida y después en Argel, confiesa que es difícil no decir nada cuando el torturado pide explicaciones. De ahí que haya que darse prisa en quebrantar su resistencia.

En la sexta o séptima sesión, basta con decirle:

---

25 Pueblo formado por un conjunto de tiendas de campaña árabes organizadas en calles. [N. de la T.].

“Te escuchamos”. En ese momento se produce un interrogatorio abierto. En principio, el sospechoso debe decir todo lo que sabe.

En ambos casos, se da el mismo fenómeno: se retrasa el interrogatorio.

En esta perspectiva en la que la excusa del fin tiende a alejarse cada vez más de los medios, es normal que la tortura se convierta en su propia justificación. Y el sistema colonialista, para ser lógico, debe aceptar la reivindicación de la tortura como uno de sus elementos importantes.

#### LOS INTELLECTUALES FRANCESES Y LA PRENSA FRANCESA

Martin-Chauffier, en un prudente informe en el que no es difícil descubrir una semiaprobación, no puede dejar de lado este dilema. El argumento de la tortura excepcional se retoma con un vigor particular. Sin embargo, el autor llega a reconocer que “al cometerse en el nivel inferior, estos crímenes están respaldados, de alguna manera, por la negligencia de los poderes superiores y amenazan con erigirse en un verdadero sistema por culpa de la casi impunidad que los alienta”. La contradicción casi no puede negarse y en la fase siguiente es un IGAME -inspector general de la administración en misión extraordinaria- la más alta autoridad francesa en Argelia, quien aprueba, aconseja y legitima estos crímenes. La supuesta ignorancia de los poderes superiores es evidentemente una mentira y una falsedad.

Martin-Chauffier se sorprendería enormemente al ver que su actitud se juzga aquí de manera incomprensible. En realidad, la tortura no es un medio para obtener información. En Argelia se tortura por perversión sádica y esa es la única palabra válida del informe de Martin-Chauffier: “Este sistema -afirma- tiene como misión pervertir a los que se convierten en instrumentos del mismo”.

Georges M. Mattei<sup>26</sup>, que participó en las expediciones francesas en Argelia, publicó unas páginas en el número de julio agosto de la revista francesa *Les Temps Modernes*. “Me acuerdo -escribe- que de tanto en tanto, cuando el cine ambulante del batallón venía a proyectarnos una película y a los soldados y oficiales no les gustaba, se levantaban y se iban tranquilamente a pasar el fin de la velada con los prisioneros... La música de la película ocultaba, en parte, los gritos”.

Mattei se rebela contra estas ofensas a la dignidad y al honor francés. Y, obviamente, termina su testimonio con el argumento ya clásico de los demócratas franceses: “¿Qué generación nos deparará este caldo de cultivo que es hoy Argelia?; [Porque] “lo más grave” [evidentemente] “es en lo que se convirtieron, después de doce meses en el África francesa del norte (AFN), estos jóvenes llamados a filas con los que pasé seis meses: en verdaderos mercenarios”.

No hay mejor ejemplo de lo que podríamos llamar “perversión del sentido moral”. Cuando los intelectuales franceses, junto con Mattei, repiten a coro que “actualmente en Argelia hay un gran intento de deshumanización de la juventud francesa” o lamentan que los alistados franceses “aprenden ahí lo que es el fascismo”, hay que tener en cuenta que lo único que les interesa a estos humanistas son las consecuencias morales que tienen estos crímenes en los franceses. La gravedad de las torturas y de los “suplicios de ir en busca

---

26 El testimonio de Georges Mattei en *Les Temps Modernes* llevaba por título “Jours kabyles” (‘Días cabileños’). [N. del E.]. Georges Mattei fue, después, uno de los *porteurs de valises* (“mensajero”), cuyo rol principal consistía en recoger y transportar fondos y papeles falsificados para los agentes del FLN desde la metrópoli. Todos ellos formaban parte de la Red Jeanson, un grupo de militantes franceses que actuaban bajo las órdenes de Francis Jeanson como grupo de apoyo al FLN durante la guerra argelina. [N. de la T.].

de leña<sup>27</sup>” y el horror de las violaciones de las jóvenes argelinas son tomadas en consideración porque su existencia amenaza una cierta idea del honor francés.

Vale la pena reflexionar sobre esta actitud. Tanto la exclusión del argelino como la ignorancia del hombre torturado o de la familia masacrada constituyen un fenómeno completamente único.

Se asemeja a esa forma de pensamiento egocéntrico, sociocéntrico, que se ha convertido en la característica de los franceses.

En realidad, parece que el miedo a una contaminación moral es totalmente en vano. A los policías enfermos no los torturaban sus conciencias. Si mantenían el ritmo profesional fuera de sus oficinas o de sus talleres, que en este caso son las salas de tortura, es porque son víctimas del estrés. Lo que reclaman estos policías es menos un sosiego moral que la posibilidad de retomar las torturas.

#### EL SISTEMA EN DUDA

El policía que tortura en Argelia no se enfrenta a ninguna ley. Sus actos se sitúan dentro del marco de la institución colonialista. Cuando torturan demuestran una fiel lealtad al sistema. Tampoco los soldados franceses pueden actuar de otro modo sin manifestar su condena a la dominación francesa. Cualquier francés en Argelia debe comportarse como un torturador. Como quiere quedarse en Argelia, Francia no ve otra solución que no sea la de continuar con

---

27 La tortura de “ir a buscar leña” -en francés *corvée de bois*- es una ejecución sumaria practicada por los franceses en la guerra de Argelia. Consiste en decir al prisionero: “Ve a buscar leña para hacer fuego”. El prisionero se aparta algunos pasos del campamento y entonces se le dispara una ráfaga de metrallera. En el informe se hace constar simplemente “intento de fuga”. [N. de la T.].

una ocupación militar permanente y con una poderosa estructura policial.

Las fuerzas enemigas no pueden imaginarse hasta qué punto les es imposible hacer otra cosa que no sea evacuar el territorio nacional.

El pueblo argelino no lucha contra las torturas, la violación de las niñas o los asesinatos colectivos. La historia de la ocupación francesa está jalonada de estos crímenes y en Cabilia aún se asusta a los niños amenazándoles con “llamar a Bugeaud<sup>28</sup>”.

El pueblo argelino no ignora que la estructura colonialista se basa en la necesidad de torturar, violar y masacrar. Por esta razón, nuestra reivindicación es total y absoluta.

Los policías sádicos que han perdido el sueño y los soldados torturadores que “corren el riesgo de convertirse en fascistas” son, para nosotros los argelinos, un problema concreto. ¿Cómo podemos modificar nuestra estrategia e intensificar nuestro combate para que el territorio nacional sea liberado lo más pronto posible?

Cualquier otra consideración nos es radicalmente ajena.

---

28 El general Bugeaud fue gobernador general de Argelia entre 1840 y 1847 y el encargado de terminar con la conquista de dicho país. Durante sus años de mandato, remodeló el Ejército francés de Argelia, convirtiéndolo en una herramienta diseñada para absorber la cultura y la identidad de las tribus locales. Durante la guerra argelina utilizó tácticas muy agresivas, entre las que se incluyen la quema de cosechas, la destrucción de pueblos y la confiscación de ganado. [N. de la T.].



# BIBLIOGRAFÍA

## OTRAS SUGERENCIAS:

Además de los textos que forman parte de las cuatro obras precedentes, destacamos, en relación con los escritos “políticos” de Frantz Fanon: “L’expérience vécue du Noir”, revista *Esprit*, vol. 19, n.º 5, 1951 [“La experiencia vivida del negro” (Ángel Abad, trad.) en *Piel negra, máscaras blancas*, editorial Abraxas, Buenos Aires, 1973]; “*Fondement réciproque de la culture nationale et des luttes de libération*”, *Présence Africaine*, II Congreso Internacional de Escritores y Artistas Negros, Roma, del 26 de marzo al 1 de abril de 1959, T.1.

Y entre sus escritos “psiquiátricos”: “*Altérations mentales, modifications caractérielles, troubles psychiques et déficit intellectuel dans l’hérédodégénération spinocérébelleuse. À propos d’un cas de maladie de Friedreich avec délire de possession*”, su tesis de medicina reproducida en facsímiles por la universidad de Lyon; “*Étrangeté et familiarité de l’espace. La dépersonnalisation*”, archivos Frantz Fanon, Imec (Instituto Memorias de la edición contemporánea).

Finalmente, citamos tres obras de teatro inéditas: *L’Œil se noie*, *Les mains parallèles* y *La Conspiration*, escritas entre 1949 y 1950, archivos FrantzFanon, Imec.



- DAVID MACEY, *Frantz Fanon: A life*, GrantaBooks, Londres, 2001, 656 pp.
- ANDRÉ LUCRÈCE, *Frantz Fanon et les Antilles: L'empreinte d'une pensée*, ed. Le Teneur, Suresnes, 2011, 166 pp.
- Matthieu Renault, *Frantz Fanon. De l'anticolonialisme à la critique postcoloniale*, ed. Amsterdam, Paris, 2011, 217 pp.
- Abdelkader Benarab, *Frantz Fanon, l'homme de rupture*, Alfabarre, Paris, 2010, 83 pp.
- Pierre Bouvier, *Aimé Césaire et Frantz Fanon. Portraits de (dé) colonisés*, Les Belles Lettres, col. en "Histoire de profil", Paris, 2010, 288 pp.
- Achille Mbembe, *De la postcolonie. Essai sur l'imagination politique dans l'Afrique contemporaine*, Karthala, Paris, 2000, 293 pp.
- Edward W. Saïd, *Culture et impérialisme*, Fayard/Le Monde diplomatique, Paris, 2000, 555 pp.
- Traducción al español: *Cultura e imperialismo* (Nora Catelli), Anagrama, Barcelona, 1996, 546 pp.
- Christiane Makward, *Mayotte Capécia ou l'aliénation selon Fanon*, Karthala, Paris, 1999, 230pp.
- Frantz Fanon, mémoire d'asile*, de Abdenour Zahzah y Bachir Ridouh, 2002 (52 min).
- Frantz Fanon, une vie, un combat, une oeuvre*, de Cheikh Djemai, 2001 (52 min).
- Frantz Fanon: Black Skin, White Masks*, de Isaac Julien, 1996 (70 min).

Frantz Fanon Foundation - Fondation Frantz Fanon  
Presidente de honor: Aimé Césaire [fondationffanon@hotmail.com](mailto:fondationffanon@hotmail.com)  
[www.frantzfanonfoundation.com](http://www.frantzfanonfoundation.com) [fondationfrantzfanon.com](http://fondationfrantzfanon.com)



*Frantz Fanon*  
Digital  
de la Fundación Editorial El perro y la rana  
Caracas, Venezuela,  
en el mes de julio de 2024







### **Frantz Fanon (Martinica, 1925-1961)**

Nació el 20 de julio en Fort-de-France, “capital” de la isla caribeña de Martinica en el Archipiélago de las Antillas, aún colonia francesa, en una familia “interracial” y cultivada. Psiquiatra, filósofo, escritor y militante revolucionario. Habiendo padecido los abusos colonialistas y racistas del Régimen de Vichy (invasión de la Alemania Nazi) en Francia, durante la II Guerra Mundial, tras un breve retorno a su Matria, viaja a Dominica con diecisiete años, y se suma a las Fuerzas de Liberación Francesa, y al Ejército, siendo condecorado y luego militarmente “blanqueado”, descartado por discriminación. Se juntó con militantes comunistas, trabajó en la campaña electoral de Aimé Césaire –su mentor, y pionero del movimiento y la Teoría de la Negritud– y viajó a Francia para estudiar medicina-psiquiatría y ejercer (desde 1951). Publicó su destacada obra *Peau noire, masques blancs (Piel negra, máscaras blancas)* en 1952. Viajó y militó en el Frente de Liberación Nacional argelino (desde 1954) y fungió como diplomático anticolonialista. En su lecho de muerte deja en testamento el título que será su póstuma Obra Magna y su legado político aún vigente: *Les Damnés de la Terre (Los condenados de la tierra)*. Politizó la Academia y su profesión, y fue principal referente teórico e ideológico de los movimientos descoloniales e interseccionales, de entonces y ahora. Este libro presenta algunos de sus textos más destacados referidos al racismo, al neocolonialismo, la migración, la alienación capitalista y la psicopatología de la colonización.

### **MIREILLE FANON-MENDÈS-FRANCE (Francia, 1953)**

Docente y militante francesa. Destacada académica en las universidades de París V René Descartes y de California en Berkeley; asesora de la Asamblea Nacional de su país y de la UNESCO. Premio de Derechos Humanos del Consejo para la Justicia, la Igualdad y la Paz (2009); presidenta de la Fundación Frantz Fanon y miembro del grupo asesor sobre afrodescendencia en el Consejo de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas (2014-2016). Participante de la conferencia Bandung du Nord “Hacia una Internacional Decolonial” (2018), de la Red Internacional Decolonial. Autora de numerosos artículos sobre Derecho Internacional, Derechos Humanos, racialización y discriminación, o los colonialismos de la pobreza y del conocimiento.



**IMPRESO EN TIEMPOS DE  
GUERRA ECONÓMICA  
CONTRA VENEZUELA**